

# La Ilustración Artística

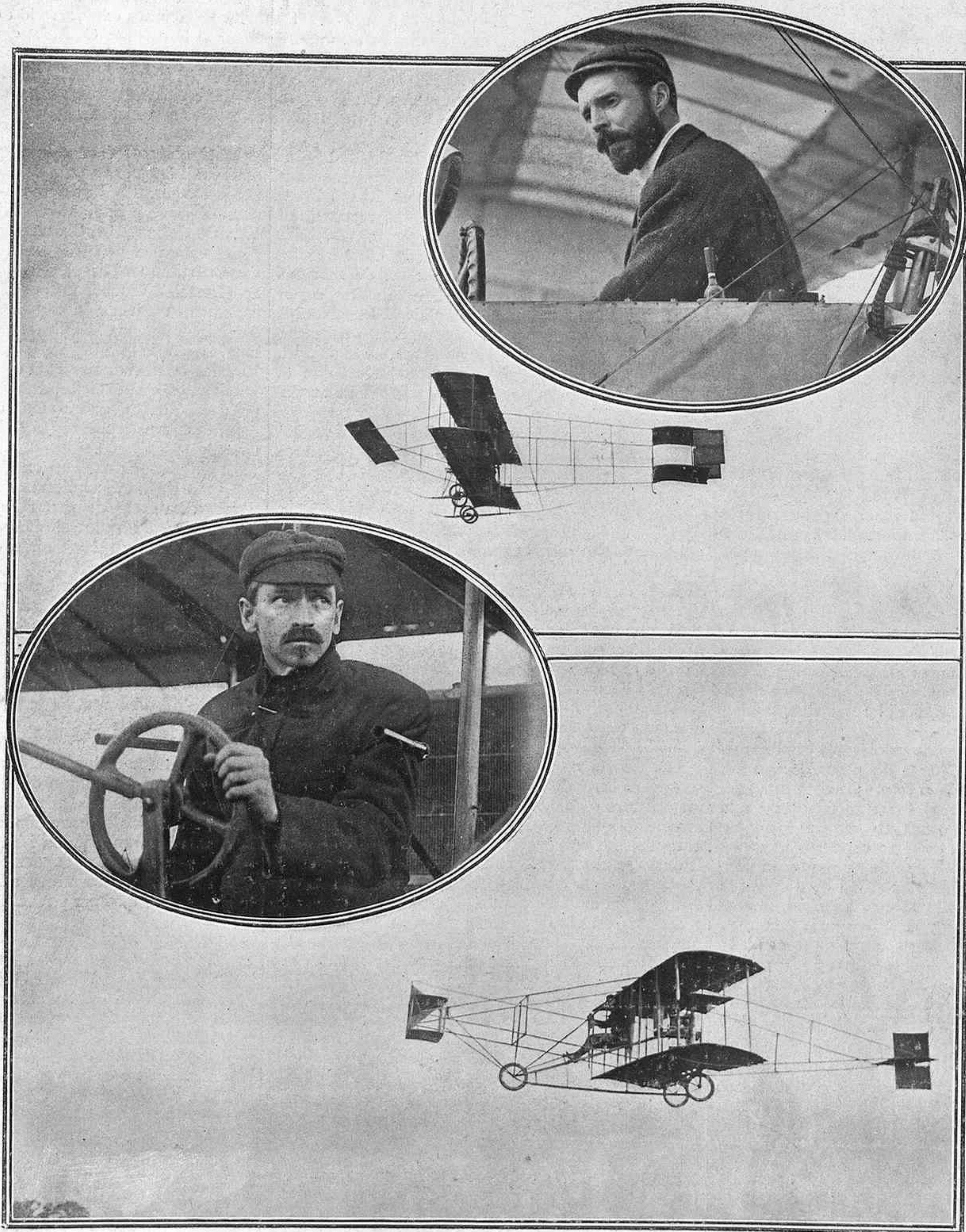
Año XXVIII

BARCELONA 6 DE SEPTIEMBRE DE 1909

Núm. 1.445

## LA GRAN SEMANA DE LA AVIACIÓN EN CHAMPAÑA

Los dos ganadores de los premios más importantes



ENRIQUE FARMAN, ganador del gran premio de la Champaña. El biplano Farman en los aires  
GLEN CURTISS, ganador de la copa Gordón Bennet. El biplano Curtiss en los aires  
Farman ha ganado además el primer premio de los pasajeros y el segundo de altura; y Curtiss, el primer premio de la velocidad y el segundo de la vuelta á la pista. (De fotografías de M. Branger.)

## SUMARIO

**Texto.** — *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Una profesión extraordinaria*, por J. Sánchez Gerona. — *La gran semana de la aviación en Champaña*. — *Pasajes. Visita de S. M. el rey D. Alfonso XIII al crucero alemán «Freya»*. — *Ginebra. Explosión de un gasómetro*. — *La campaña de Melilla*. — *Alceo Rosini*. — *Problema de ajedrez*. — *El archivo de Ghib'ay*, novela ilustrada (continuación). — *Viaje del dirigible alemán «Zeppelin III» desde Friedrichshafen a Berlín*. — *El terremoto de Toscana*. — *Dos monumentos conmemorativos de la batalla de Mars-la-Tour*.

**Grabados.** — *El biplano Farman en los aires*. — *El biplano Curtiss en los aires*. — Dibujo de Sardá que ilustra el artículo *Una profesión extraordinaria*. — *Paisaje*, cuadro de José M.<sup>a</sup> Marqués. — *París. Monumentos dedicados a literatos y artistas*, lámina compuesta por cinco fotogramas. — *La gran semana de la aviación en Champaña. Los ganadores de los premios y los aparatos que los han ganado*. — *Seis reproducciones fotográficas de vistas de la aviación en el aeródromo de Bethery*. — *La campaña de Melilla*, diez y seis reproducciones fotográficas de vistas, escenas y personajes referentes a dicha campaña. — *Pasajes. Vista de S. M. el rey D. Alfonso XIII al crucero alemán «Freya»*. — *Ginebra. Explosión de un gasómetro*. — *El niño Alceo «Rosini»*. — *Viaje del dirigible alemán «Zeppelin III» desde Friedrichshafen a Berlín*. — *El terremoto de Toscana*. — *Monumento francés al sublevante Chabal*, obra de Cazalier y Larust. — *Monolito alemn erigido a la memoria de los dragones prusianos muertos en la batalla de Mars-la-Tour*.

## REVISTA HISPANO-AMERICANA

**Cuba:** campaña de la prensa yanqui contra esta República y réplica del ministro cubano en Washington: los empleos públicos y los partidos políticos. — **Puerto Rico:** estado de ánimo y aspiraciones de los portorriqueños: la tiranía yanqui. — **Política centroamericana:** crisis económica y malestar político en Honduras: relaciones con los Estados vecinos: la elección presidencial en Costa Rica: el delegado apostólico en Centroamérica. — **Venezuela:** el general Gómez, presidente interino.

En el verano de este año buena parte de la prensa yanqui ha extremado su campaña contra los políticos cubanos. Censura los gastos que hace el actual gobierno, excesivos con relación a las rentas de que puede disponer la República; se burla de los partidos que aspiran al poder sin más objetivo que alcanzar para los suyos cargos oficiales bien remunerados; recuerda los millones de dólares que Cuba debe a los Estados Unidos, ya por los gastos de las intervenciones y del auxilio que le prestaron para la guerra contra España, ya por las obras públicas que han realizado en la isla; exagera, por último, la nota pesimista respecto a la situación interior del país, dando a cualquier motín ó acto de indisciplina las proporciones de tentativa revolucionaria; para deducir de estos y demás hechos la imposibilidad manifiesta de que pueda Cuba vivir como nación libre y soberana.

El ministro de Cuba en Washington sale a la defensa de sus compatriotas y devuelve el golpe a los yanquis. El gobierno de la primera República cubana, el que presidió Estrada Palma, supo administrar con tanto acierto y honradez los intereses de la nación, que ahorró doce millones de pesos oro. Pero vino la intervención, y con ella el desacierto, la malversación ó el despilfarro: el gobierno provisional yanqui ha dejado al segundo gobierno libre cubano un déficit de nueve millones de pesos. Luego los que — por lo menos desde el punto de vista financiero — han administrado mal, los responsables de la actual penuria del Tesoro de Cuba, no son los cubanos, sino los yanquis. Si en el presupuesto hay nuevas partidas de gastos que han de aumentar el déficit, se debe a la imperiosa necesidad de garantizar la paz pública, reorganizando la guardia rural, fomentando las obras públicas y la agricultura, tomando, en suma, cuantas disposiciones son menester a fin de evitar conflictos que sirvan de pretexto a los yanquis para otra intervención que acabe de arruinar a Cuba ó dé al traste con su independencia.

En orden a la política interior, la situación deja bastante que desear, pues no acaban de unificarse las dos fracciones del partido liberal. Todo depende del reparto de los destinos ó cargos públicos. Ha habido cambios en el alto y bajo personal, para satisfacer a los más impacientes; pero el grupo Zayas pide más, y algunos liberales del grupo Gómez tienden a aliarse con una fracción de los conservadores para formar un tercer partido. Estas disgregaciones pueden ocasionar grave daño a la República, y el jefe de los conservadores dirige circular a los suyos encareciendo la necesidad de fuerte unión para mantener a distancia la tutela norteamericana.

\* \*

Con motivo de la intransigencia de que hace alarde el nuevo presidente de la Unión norteamericana

ante las justas reclamaciones de los portorriqueños, varios periódicos hispano-americanos reproducen el capítulo que a estos *hombres sin patria* ha dedicado el Sr. Neuman en su libro «Impresiones de viaje por América.» Hay en dicho capítulo párrafos que reflejan con toda exactitud el estado de ánimo y las aspiraciones de los hispanos de Puerto Rico. «Quieren tener gobierno que les permita resolver sus problemas internos por sí mismos... A los negros de Jamaica, con civilización inferior, les ha concedido el Parlamento británico régimen político más liberal y son ingleses, mientras los ilotas portorriqueños han sido excluidos arbitrariamente del concierto de la Unión americana, y no se les ha admitido como ciudadanos. Se les ha impuesto deberes, pero los derechos están anulados... El régimen político imperante en Puerto Rico resulta triste, absurdo y retrógrado... El pueblo de Puerto Rico por medio de su Cámara y de sus municipios pide con razón un Senado de elección popular, porque el Consejo ejecutivo no es otra cosa que un freno puesto a las expansiones liberales; consejo que en su amalgama de poderes y con el predominio que en él tienen los continentales, resulta baluarte inexpugnable de la burocracia; consejo que anula por completo las iniciativas de la Cámara de representantes de Puerto Rico; consejo que se reserva facultades insólitas y privilegiadas que tienen muchas reminiscencias de poder omnímodo... El pueblo de Puerto Rico está cansado de estudios y ensayos, y ansioso de constituir una patria libre y próspera, al amparo del tabellón de las barras y de las estrellas... Es duro, es inmoral, es tiránico que se imponga al pueblo de Puerto Rico el vasallaje a una bandera que ni le ampara ni le protege en el extranjero, ni le inviste con los atributos de la ciudadanía... Los legisladores norteamericanos andan muy atrasados en métodos coloniales. El bill Foraker es un monstruoso engendro que no responde al espíritu liberal y democrático de que están saturados los pueblos modernos. No parece la obra de una República, y sí la obra centralizadora de antiguas monarquías, que ha tiempo la han substituído por otros procedimientos gubernamentales... Los Estados Unidos en pleno siglo xx han impuesto a Puerto Rico régimen peor que el que ellos desecharon en la centuria xviii; régimen éste más liberal que el que ahora impera en la desdichada isla del mar Caribe.»

En suma, las pretensiones de los portorriqueños se sintetizan en esta frase de Franklin: «Dejadnos gobernar y no nos tiranicéis demasiado.»

\* \*

La República de Honduras viene sufriendo crisis económica y malestar político extraordinarios. Causa de aquélla son reformas arancelarias y multitud de leyes y acuerdos sobre Hacienda que no responden al fin que con ellos se persigue.

Consecuencia inmediata de la reforma arancelaria ha sido el retraimiento de los importadores, confiados en que pronto habrán de derogarse las nuevas disposiciones. Pero entre tanto, baja considerablemente la renta de Aduanas, que es la mayor y más saneada de la República.

Las demás medidas responden, sí, a buenos deseos; pero hijas de la inexperiencia, resultan algunas inaplicables ó contraproducentes. Se han creado catorce clases de papel sellado en vez de la única que antes existía, y se obliga al comercio a extender sus facturas en una ú otra clase de ese papel, según el importe de aquéllas, con lo que todo son cuestiones con el fisco, que el comerciante procura evitar buscando pretexto para eludir la obligación. Se ha prohibido que los particulares importen vinos y licores; esto será privilegio del gobierno, el cual no tiene fondos para pagar cuanto se necesita para el consumo. Los comerciantes ó industriales que comprenden al gobierno, sean quienes fueren, aun los modestos cantineros, tendrán que llevar la contabilidad por partida doble. Con estas y otras dificultades, los negocios se paralizan y la situación económica empeora de día en día.

En cuanto a la situación política interior, el actual presidente general Dávila, que llegó al poder como transacción para aquietar los ánimos, cometió el error de llamar al gobierno a los mismos que en la Junta revolucionaria no lograban nunca ponerse de acuerdo, y así continuaban. Ahora ha hecho un acto de energía, destituyéndolos y formando nuevo gabinete con gente joven y poco conocida. Así parece que termina la etapa de la revolución, pues los revolucionarios eran los expulsados del gobierno. Se temió que éstos provocaran revueltas, y a principios de julio había también recelos porque se supo que el general y ex presidente D. Manuel Bonilla, el po-

lítico más temido y muy popular, estaba en Bélice, después de haber visitado varios almacenes ó fábricas de armas en los Estados Unidos.

Subsiste la tirantez de relaciones con los Estados vecinos, contenidos a duras penas por los yanquis, y el malestar y la guerra latente se perpetúan. El estado actual no será la guerra activa, pero es la muerte de toda actividad, de toda energía y la inversión de la riqueza pública en armamentos y en fuerzas permanentes que los recelos más ó menos fundados mantienen siempre en pie de guerra, allí donde sólo la paz es lo que puede restaurar a esos países, tan necesitados de ella. Y esa paz no se logrará en tanto que no caigan del poder los políticos y generales centroamericanos que se han hecho incompatibles entre sí. Las rivalidades personales ocasionan la enemistad entre los pueblos.

En Nicaragua hubo un conato de revolución; pero no tuvo importancia. Siguen las negociaciones con los Estados Unidos con motivo de cierta reclamación que hizo un yanqui establecido en el país; en ellas el presidente general Zelaya se porta con toda corrección y energía. Mantiene buenas relaciones con México, en lo que procura imitarle el presidente del Salvador Sr. Figueroa, que se aparta de Guatemala para buscar de nuevo el apoyo mexicano.

En Costa Rica ha habido cambio de ministerio; el de Relaciones exteriores lo desempeña ahora don Ricardo Fernández Guardia, correspondiente de las Academias española y de la Historia, é ilustrado escritor bien conocido en España, donde con su padre D. León visitó archivos para estudiar documentos referentes a la historia de Costa Rica durante el período colonial.

La elección presidencial se presenta muy dudosa. Son candidatos el ex presidente D. Rafael Iglesias y el Sr. D. Ricardo Jiménez, éste muy amigo del general Zelaya, presidente de Nicaragua, y aquél de Estrada Cabrera, de Guatemala, es decir, los polos opuestos en la política centroamericana. También tiene partidarios la reelección del actual presidente Sr. González Viquez. La cuestión, pues, se complica; entran en juego la simpatía ó antipatía, por no decir la influencia de los demás jefes de Estado, y hay peligro de que lleguen a hacerse sentir en Costa Rica las consecuencias de la rivalidad entre aquéllos. Lástima es que esta República no perseverare en su política anterior, que la mantenía apartada de las discordias tan frecuentes entre los otros cuatro Estados.

El delegado apostólico en Centroamérica monseñor Juan Cagliero, a quien nos referimos en anterior *Revista*, ha escogido para residencia a San José de Costa Rica. Es fraile salesiano, arzobispo titular de Sebaste y hombre de 71 años, de los cuales ha vivido muchos en España. Pero a juzgar por cartas particulares que hemos recibido, se muestra muy poco afecto a los españoles y afirma que nuestros sacerdotes y frailes nunca sirvieron para misioneros!

Costa Rica, que está en buenas relaciones con la Santa Sede, lo recibió en palmas. En Nicaragua fué acogido con cortesía. En El Salvador se negaron a recibirlo oficialmente. El gobierno de Guatemala ni le dejó entrar en el país. En Honduras, donde ha permanecido algún tiempo, intentó crear nuevas diócesis, y después le pareció mejor establecer un vicariato, contra la opinión del diocesano, que se propone recurrir a Roma, advirtiendo lo inoportuno de esa reforma y los inconvenientes que ofrece en aquellos países la propaganda hecha por misioneros de las órdenes religiosas, expuestos a graves riesgos, dadas las ideas y costumbres allí predominantes y la frecuencia de motines y revoluciones.

\* \*

El general Juan Vicente Gómez sigue los mismos pasos que dió Castro — y antes otros generales venezolanos — para adueñarse del poder. Las constituciones de Venezuela dirán lo que digan; pero lo cierto es que allí, como en alguna que otra de esas republicanas y democráticas naciones de América, se conquista y se conserva el gobierno ganándolo por la fuerza ó por la astucia, convocando Congreso que por unanimidad sancione el acto ilegal, otorgue la presidencia interina a quien ya se había apoderado de ella y revise la Constitución para que haya una más en la larga serie de ellas, y reuniendo después otro Congreso, bien amañado con arreglo a la nueva Constitución, para proclamar presidente constitucional al que ya lo era provisionalmente.

Gómez ha entrado en la segunda fase de esta evolución, y ya es presidente interino.

Entre tanto, nada se dice de Castro. ¿Sigue en España?

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

## UNA PROFESIÓN EXTRAORDINARIA, POR J. SÁNCHEZ GERONA



Entró con paso fatigoso, apoyada su mano izquierda en un grueso bastón de nudos

A pesar de que sólo habían transcurrido algunos minutos después de la hora en que abría su consulta el Dr. Bérchules, eran ya cuatro las personas que guardaban turno cuando entré en la sala de espera.

Antes de seguir y en honor de la excelente naturaleza de que —en buena hora lo diga— gozo desde mi nacimiento, haré constar que el objeto que allí me conducía no estaba relacionado con enfermedad alguna propia, sino de una tía residente en mi país, solterona rica y algo maniática.

Habíame escrito la buena señora haciéndome detallada relación de los síntomas de un mal de ojos que creía padecer, con objeto de que viese yo á algún médico de los de reconocida fama en la Corte, y después de enumerarle los susodichos síntomas y de oír su autorizada opinión, se la transmitiera sin omitir palabra; de modo que siguiendo el plan aconsejado, viniese ella á quedar agradecida á mi solicitud y sus ojos libres de la dolencia que los atormentaba.

Conocía yo por demás el carácter aprensivo de mi parienta y que sus achaques de la vista eran pura imaginación, así que sin dar importancia á la supuesta enfermedad, pero queriendo cumplir sus deseos como buen sobrino, entré en casa del primer médico de que tuve noticia, sin meterme en averiguar si era ó no una eminencia.

He aquí explicado el motivo que me condujo aquel día á la antesala de un «consultorio.»

Tomé, pues, asiento y me dediqué á observar á los que conmigo aguardaban en el salón.

Había frente á mí un joven de aspecto delicado y enfermizo, de ojos glaucos y larga melena del color del *ala barnizada del cuervo*. Debía ser un poeta, un soñador al menos, que se alejaba, por el camino de la tuberculosis, de este mundo lleno de prosaicos y de insomnes.

No lejos de él una mujer de avanzada edad, vestida con el traje dominguero de las artesanas acomodadas, retenía en su regazo —en tanto lo acariciaba amorosamente— á un chico como de diez años que, con la expresión fosca de un animal salvaje, nos miraba á todos desconfiadamente y en particular al

joven de la melena. La anciana le decía á media voz al chico:

—No te impacientes, que nos vamos á ir pronto. En cuanto te vea el médico nos marchamos á buscar á tu madre.

El rapaz seguía en su actitud hostil, incrédulo ante las promesas; se advertía que desconfiaba de todo.

En un rincón rebullía de vez en cuando un señor viejo y chato que gastaba lentes y fumaba un cigarrillo de matalahuya. Como el lugar en que se había sumido estaba bastante oscuro, los cristales de sus quevedos, reflejando la escasa luz que entraba por el balcón, dábanle el aspecto de un gato enorme; las chispas que despedía el anís al quemarse contribuían á hacer más fatídico su aspecto.

Sonó el timbre de la puerta y, á poco, en el recibimiento retumbó un pisar titánico y la tos más violenta y angustiosa que he escuchado en mi vida. Casi inmediatamente presentóse á nuestras curiosas miradas un hombre de extraordinaria corpulencia, cuyo rostro noble y correcto tenía una palidez cérea uniforme que le prestaba cierto atractivo.

Los cabellos grises que coronaban su frente y lucían en su barba apostólica, con esmero cuidada, servían de marco á aquel semblante severo y formaban en conjunto una cabeza agradable y, como diría un pintor, entonada.

Entró con paso fatigoso, apoyada su mano izquierda en un grueso bastón de nudos —que debía ser arma terrible manejada por aquel hércules— y el brazo derecho sobre el hombro de una mujer insignificante, ni vieja, ni joven; ni guapa, ni fea; poco más alta y más gruesa que el bastón, con el que parecía hacer *pendant*.

El nuevo cliente, antes de sentarse, sufrió otro acceso de su tos estentórea, durante el cual su fisonomía perdió la albura cérea, para ponerse primero escarlata y en seguida de color de heces de vino; inyectáronse de sangre sus ojos enormes. Tableteó su pecho, y á los movimientos convulsivos de aquella mole humana el suelo tembló y los cristales de las vidrieras tintinearón.

Luego dejóse caer en una butaca, puso bastón y mujer en sendas sillas, á su izquierda y derecha respectivamente, y miró al cielo como implorando el fin su padecer.

Los circunstantes habíamos permanecido aterrados, mudos, excepto el muchacho montaraz, que rompió en un llanto ruidoso llamando á su madre con voces lastimeras.

La anciana fué calmándole poco á poco hasta conseguir que callase.

Yo, mientras, contemplaba al recién llegado, experimentando una piedad enorme ante aquel robusto cuerpo que hubiera sido —sin el asma que sufría al parecer— modelo de gallardía y honra de la especie humana.

Su faz había recobrado la primitiva blancura mate que tanto me había interesado, pero en el mutismo que reinaba por todo el salón oíase el ronco hervido de sus pulmones destrozados, á veces sibilantes, á veces bramadores.

El criado entró para anunciar que el enfermo á quien tocara el turno podía pasar al gabinete de consultas.

—Nosotros, dijo la mujer.

Y con su pequeño salvaje penetró por donde les indicara el doméstico.

Retirado éste después de cerrar la puerta, volvió á imperar la quietud.

La mujer insignificante y el roten seguían inmóviles cada uno sobre su silla. El viejo del rincón encendió otro cigarrillo de anís, y yo, pensando que iba á tener que aguardar aún bastante tiempo y que mis ocupaciones me reclamaban en otro sitio, decidí marcharme y dejar la consulta del mal de ojos de mi tía para mejor ocasión.

Al salir á la calle, sobre una jamba de la puerta vi una placa de mármol, en la cual no había reparado cuando entré.

Decía así:

DR. BÉRCHULES

VÍAS RESPIRATORIAS

Comprendí que había obrado ligeramente yendo a casa de cualquier médico, ya que se trataba de una enfermedad a cuya curación hay dedicados numerosos especialistas. Propúseme trasladar a uno de ellos la consulta de mi tía, y a la mañana siguiente, ya bien informado, me dirigí a casa de otro galeno.

DR. LUGROS

OFTALMIATRÍA

ENFERMEDADES DE LOS OJOS

Horas de 11 a 1

Según rezaba la chapa de cobre puesta sobre la mirilla.

Un criado pulcro y grave me condujo a la consabida sala de espera. También allí había ya clientes aguardando su vez, y eso que, aleccionado por lo ocurrido la víspera, había madrugado a acudir antes de las once.

Los clientes que me habían precedido no me distraían; eran tipos comunes, sus enfermedades no debían ser casos patológicos, ni sus historias casos psicológicos.

Habrían transcurrido tres cuartos de hora y desfilado otros tantos pacientes, cuando por el corredor que conducía al aposento en que me hallaba resonaron unas pisadas como de elefante que hacían trepidar la casa entera.

En el acto me acordé del formidable asmático del día anterior; no conocía a nadie cuyo andar pudiera producir tales efectos.

Esperaba ver aparecer la barba canosa y la alba faz del cíclope enfermo, pero me equivoqué. Era el que llegaba tan alto y tan robusto como el cliente del Dr. Bérchules, pero traía el rostro afeitado y su piel era más sonrosada, sobre todo hacia la punta de la nariz, como si tuviese frío o costumbre de embozarse. Unas enormes gafas negras con rejilla de alambre en sus costados le cubrían buena parte de la fisonomía, apacible y sonriente como es por regla general la de los ciegos, en contraposición del semblante de los sordos, que lo tienen duro y avinagrado.

Vestía con relativa elegancia y llevaba en la diestra un báculo de ébano, con el que tanteaba el suelo delante de él.

La cabeza echada hacia atrás, con esa actitud peculiar de las personas que carecen de la vista, y levantando mucho los pies para andar, dió algunos pasos conducido por el sirviente del médico; pero a una distracción del lazarillo tropezó en un taburete que no lejos del *pouf* se hallaba, y poco faltó para que fuese él a tierra. Bajo el traspiés descomunal el piso crujió de una manera temerosa, que volvió a traer a mi mente al coloso de la cruel tos.

Sí; hubiera asegurado que era él; su rasuramiento nada probaba, podía haber resuelto afeitarse; el color sonrosado que yo veía o la palidez que había visto, podían ser accidentales.

Sólo me hacía dudar aquella repentina enfermedad de los ojos y la no menos rápida curación del espantoso catarro, porque ya sus pulmones no producían el tumultuoso estertor que había despertado mi conmiseración. Bien es verdad que la ciencia del «Doctor Bérchules, vías respiratorias» podía ser tal, que le hubiese curado la dolencia del pecho en pocas horas y que en menos aún podía haber cegado. Todo ello no hubiera probado más sino que aquel pobre señor era el rigor de las desdichas.

Cuando más enfascado me hallaba en mis pensamientos indagatorios, me llegó la vez para exponer mi consulta. Después de averiguar cuanto a la enfermedad de mi parienta concernía, salíme de casa del doctor Lugros sin poder apartar la imaginación del problema que me había propuesto a mí mismo. ¿Eran ó no una misma persona el asmático y el ciego?

El tranvía de mi barrio iba a parar en aquel instante delante de la puerta, solicitado por un señor

chiquito y enteco, en quien reconocí al cliente que me precediera en la consulta y que, por lo visto, durante todo el tiempo que duró la mía había estado en la calle aguardando la llegada de aquel vehículo.

Como observara que yo también iba a montar, cedióme galantemente el paso, y esto le pareció suficiente para entablar conversación conmigo.

Hablóme del «consultorio» de donde veníamos y me refirió algunas curas maravillosas realizadas por el médico que lo tenía.

Yo, por mi parte, extrañando no ver sobre su ojo izquierdo una especie de cortinilla negra que sujetaba a la cabeza poco antes llevaba, pregunté sobre el

—Ya que ha sorprendido usted en parte el secreto, acabaré de revelárselo para que no se quede usted con el sinsabor que produce la curiosidad a medias satisfecha. Entre los muchos procedimientos poco conocidos que existen de ganarse la vida, hay uno novísimo, susceptible de clasificarse con las profesiones que podríamos llamar de ayuda, ó sea aquellas que en sí no son nada, que aisladas no sirven de cosa alguna, pero que son poco menos que indispensables para la economía de la sociedad y hasta para el perfeccionamiento de las razas.

Yo escuchaba absorto el brillante y estrambótico preámbulo con la vista clavada en aquel cuerpecillo ruin que a la cuenta debía ser el de un gran filósofo.

—Sí, señor; este mi oficio es de ayuda, como lo son el de agente de anuncios, el de repartidor de periódicos, el de casamentero, y en fin, todos los que contribuyen a desenvolver una industria útil, a difundir las artes y las ciencias ó a poner en contacto a los individuos aislados. Y llámoles de ayuda a estos oficios para distinguirlos de aquellos otros que existen y sería lógico llamarlos de estorbo, como el de tomar vez en la fila para entrar a la tribuna pública del Congreso y en otras acreditadas *colas*, con objeto de hacerlas interminables y obligar al que tenga prisa en satisfacer el capricho ó la necesidad a comprar un puesto más delantero. Mi profesión pertenece al primer grupo, y yo me siento orgulloso de mi profesión. La confesaría a cada momento, la gritaría por las calles si no fuese porque su misma índole requiere el misterio, exige el recato. ¡Soy cliente decorativo!

Confieso que no comprendí de lo que se trataba a pesar de tan paladina manifestación. El hombrecillo se explicó luego en tono más llano. Su ocupación consistía en acudir a las clínicas particulares, simulando tener el padecimiento que en cada una se estudia, y dar con su presencia animación a la sala de espera y que el verdadero enfermo tenga, por el pronto, más confianza en el médico—viendo que son muchos los que se ponen en sus manos—y salga contando que la humanidad doliente acude allá como un enjambre en busca de salud.

—Estas figuras decorativas, me decía, son útiles, así a los que no tienen fama como a los que la tienen; a aquéllos se la da, a éstos se la aumenta.

Y añadía esta sentencia que no se hubiera desdeñado de firmar La Rochefoucauld:

—La antesala de un médico sin clientes es como el atrio de un cementerio.

Lo que acababa de oír podía tal vez resolver el problema que aún me bullía en la mente.

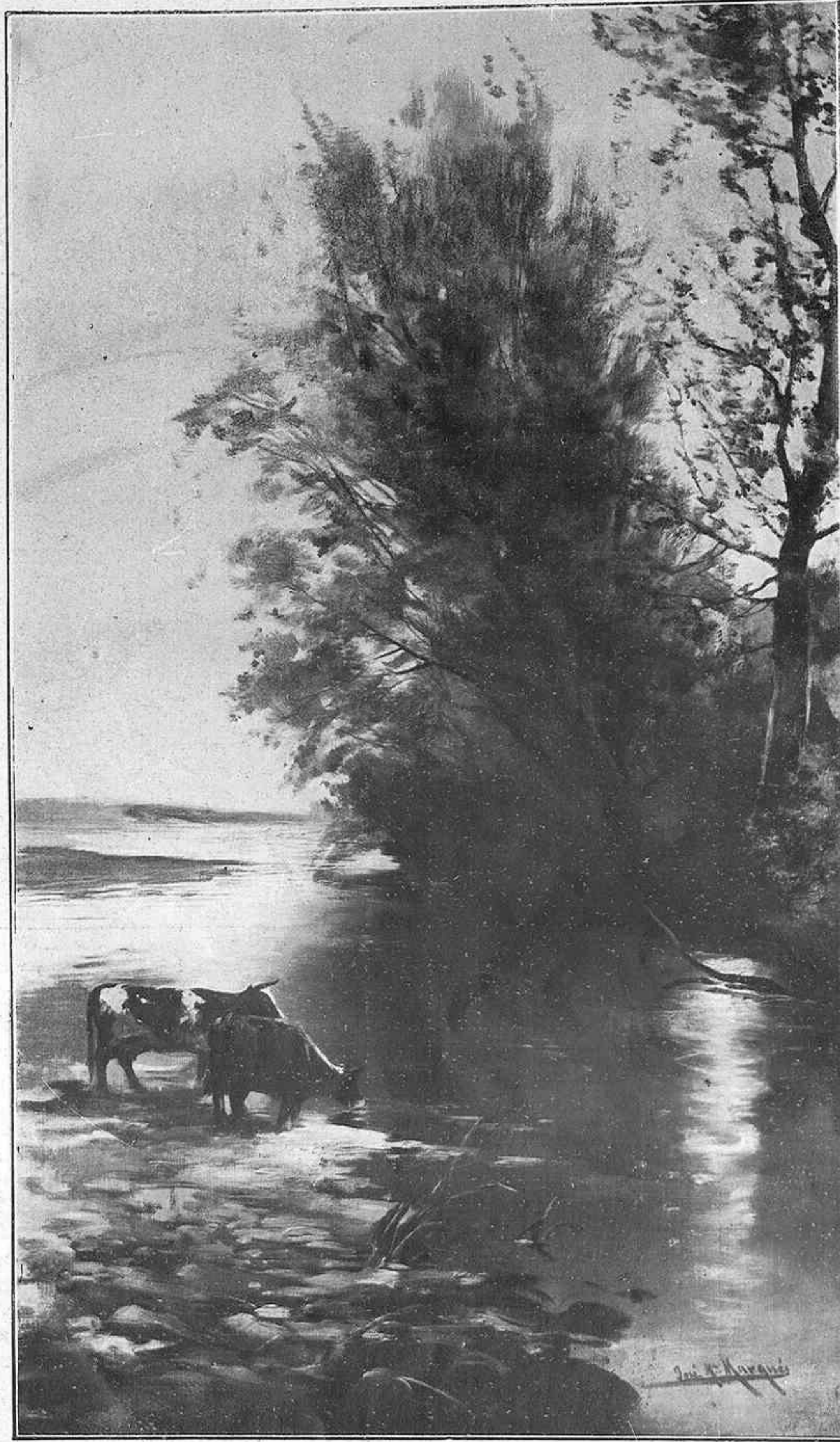
—Dígame usted: entonces, ¿ese hombretón recién afeitado y con

gafas negras que entró allá hoy?..

—¡Oh! Alejandro el Grande, como le llamamos en la intimidad: ese es un artista. Nadie cojea como él; sabe torcer la muñeca de cierto modo que parece llevarla dislocada; finge un ataque epiléptico que no hay más que pedir... ¡Y cómo imita la voz destemplada de los sordos! Luego, como posee sangre de sobra, no tiene inconveniente en soltarse una vena, siempre que el caso lo requiere. ¡Insuperable! Pero esos refinamientos no están al alcance de cualquiera; es preciso tener condiciones. En todo hay clases: yo apenas gano para vivir, y él se retirará del oficio con buen gato; pero yo soy un pobre comparsa y él es primer actor. Si Alejandro no tuviera esa extraordinaria estatura que le delata, sería imposible reconocerle en sus diversos papeles y ganaría mucho más.

Después de esta revelación he visto dos veces al cliente hercúleo: una de ellas llevaba la cabeza toda vendada como si la tuviera abierta en veinte cascos, otra iba con un brazo en cabestrillo.

(Dibujo de Sardá.)



Paisaje, cuadro de José M.ª Marqués

particular, a lo que me contestó con evasivas, sonriendo entre confuso y burlón.

El tranvía continuaba su ruta que lo alejaba del centro; los viajeros habían ido apeándose hasta desaparecer todos. Mi interlocutor sacó una pitillera, y después de ofrecerme un cigarro y otro al cobrador, pidió permiso a éste para que nos dejara fumar en el interior del coche, ya que íbamos solos.

Encendí el cigarrillo, pero su extraño sabor me obligó a hacer un mohín de desagrado. Sabía a matlahuva. Al notar mi gesto, el hombre raquíptico pa reció turbarse.

—Dispense usted, dijo alargándome apresuradamente otro cigarro; le he dado por equivocación tabaco «vías respiratorias.»

Un recuerdo pasó como un relámpago por mi cabeza.

—Usted estaba ayer en casa del doctor Bérchules. Su azoramiento creció; parecía que lo acusaba de algún crimen.

De pronto, como si adoptara una resolución inopinada, díjome en tono confidencial:



Monumento á Fernando Fabre,  
obra de J. P. Laurens.



Monumento á Alfonso Daudet,  
obra de Saint-Marceaux.



Monumento á  
Jorge Sand,  
obra de Ricard.



Monumento á Guy de Maupassant,  
obra de Verle.



Monumento á Ambrosio Thomas,  
obra de A. Falguiere.

Los monumentos que en esta página reproducimos son una pequeña muestra de los muchísimos que adornan las calles, plazas, jardines y parques de la capital de Francia y que han sido erigidos para perpetuar la memoria de franceses ilustres. Cuatro de ellos están dedicados á Fernando Fabre, Alfonso Daudet, Jorge Sand y Guy de Maupassant

que tanta gloria han alcanzado en la república de las letras; el quinto, al eminente compositor cuyo nombre está escrito en letras de oro en los anales de la música francesa. Los de Fabre y Jorge Sand álzanse en el Jardín del Luxemburgo; los otros tres, en el Parque Monceau.

## LA GRAN SEMANA DE LA AVIACIÓN EN CHAMPAÑA

Terminó el concurso de la Champaña, que ha sido un gran triunfo para la aviación y un espectáculo magnífico que difícilmente olvidarán los que lo han presenciado.

He aquí los resultados de las distintas pruebas:

**GRAN PREMIO DE LA CHAMPAÑA** (mayor distancia): primer premio, *Farman*, en biplano Farman (180 kilómetros); segundo, *Latham*, en monoplano Antoinette (155 kilómetros); tercero, *Paulhan*, en biplano Voisin (133 kilómetros); cuarto, *De Lambert*, en biplano Wright (116 kilómetros); quinto, *Latham* (111 kilómetros); y sexto, *Tissandier*, en biplano Wright (110 kilómetros). El vuelo de Farman fué en realidad de 190 kilómetros, de los cuales sólo se computaron oficialmente 180 (en 3 horas, 4 minutos, 56 segundos), porque en el momento en que llegaba a este punto de su recorrido eran las siete y media, hora que el reglamento fijaba como término de las pruebas; y aun habría volado más de los 190, puesto que todavía le quedaban 15 litros de esencia, los suficientes para recorrer otros 40 ó 50 kilómetros, de no habérselo impe-

**COPA INTERNACIONAL GORDÓN-BENNETT** (dos vueltas a la pista, es decir, 20 kilómetros en menos tiempo): premio único, *Curtiss*, en biplano Curtiss (15 minutos, 50 <sup>3</sup>/<sub>8</sub> segundos). La copa, por consiguiente, ha sido ganada por los Estados Unidos, en

dos; segundo, *Curtiss*, en 7 minutos, 53 <sup>7</sup>/<sub>8</sub> segundos; tercero, *Latham*, en 8 minutos, 15 <sup>1</sup>/<sub>8</sub> segundos; y cuarto, *Latham*, en 8 minutos, 32 segundos.

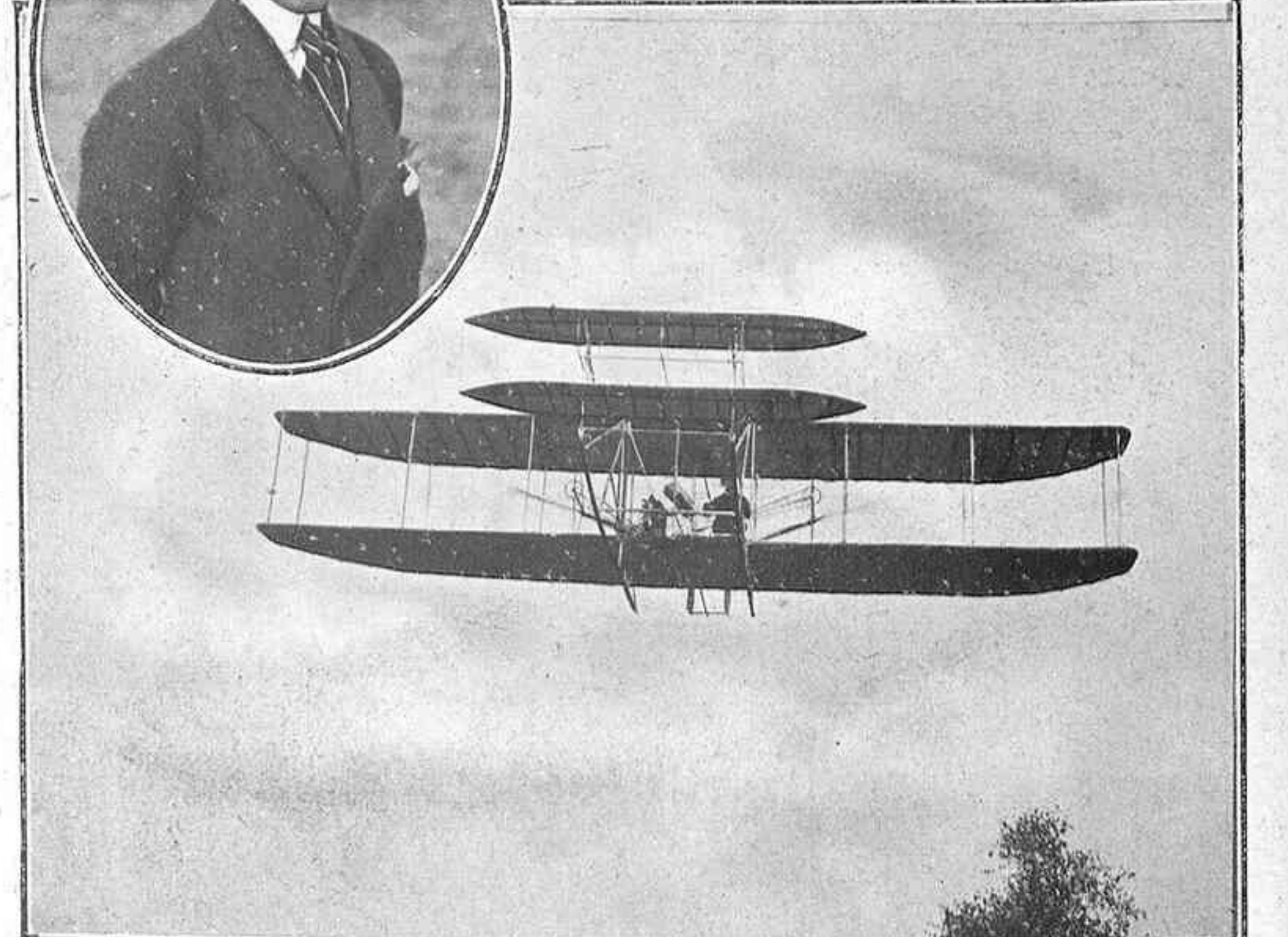
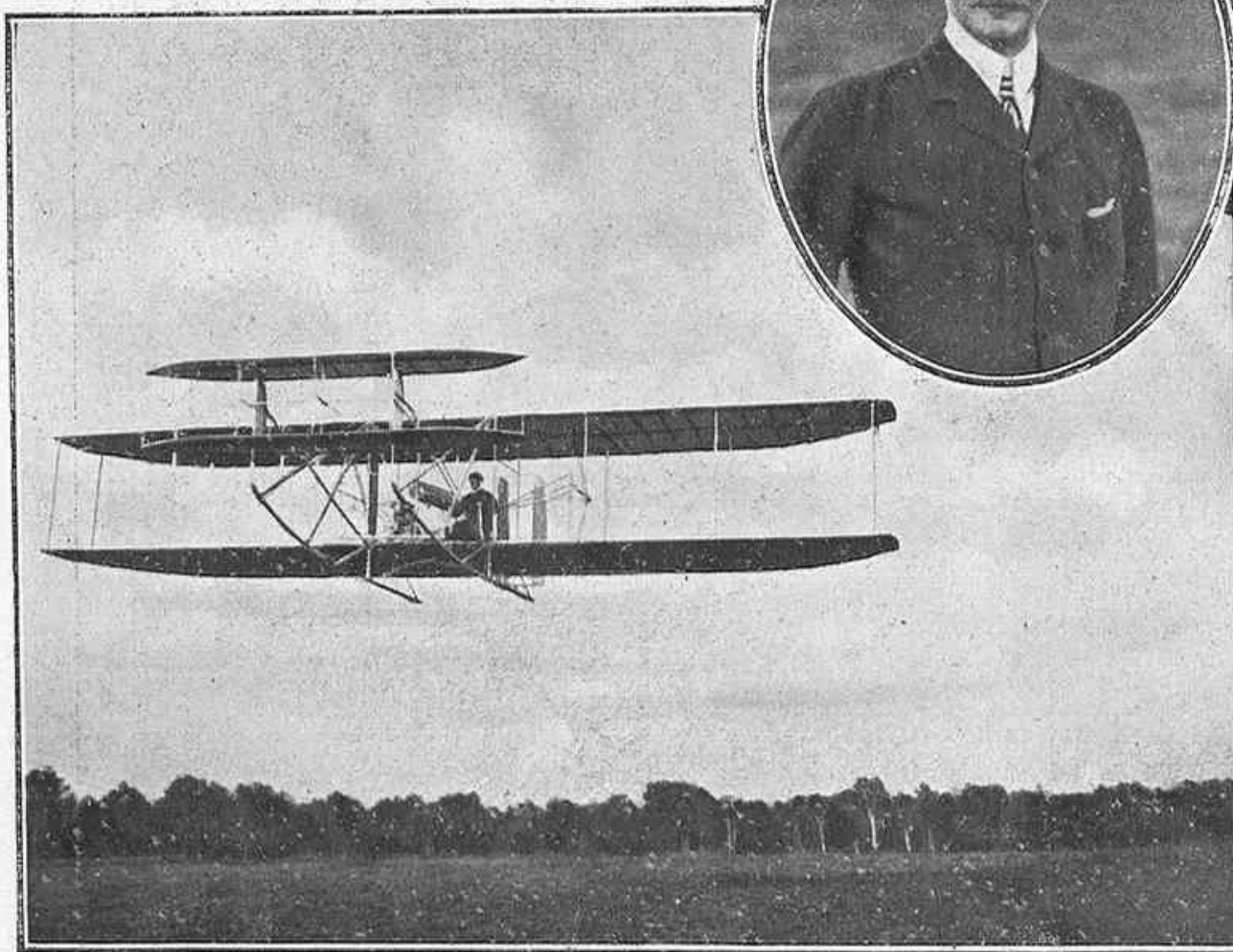
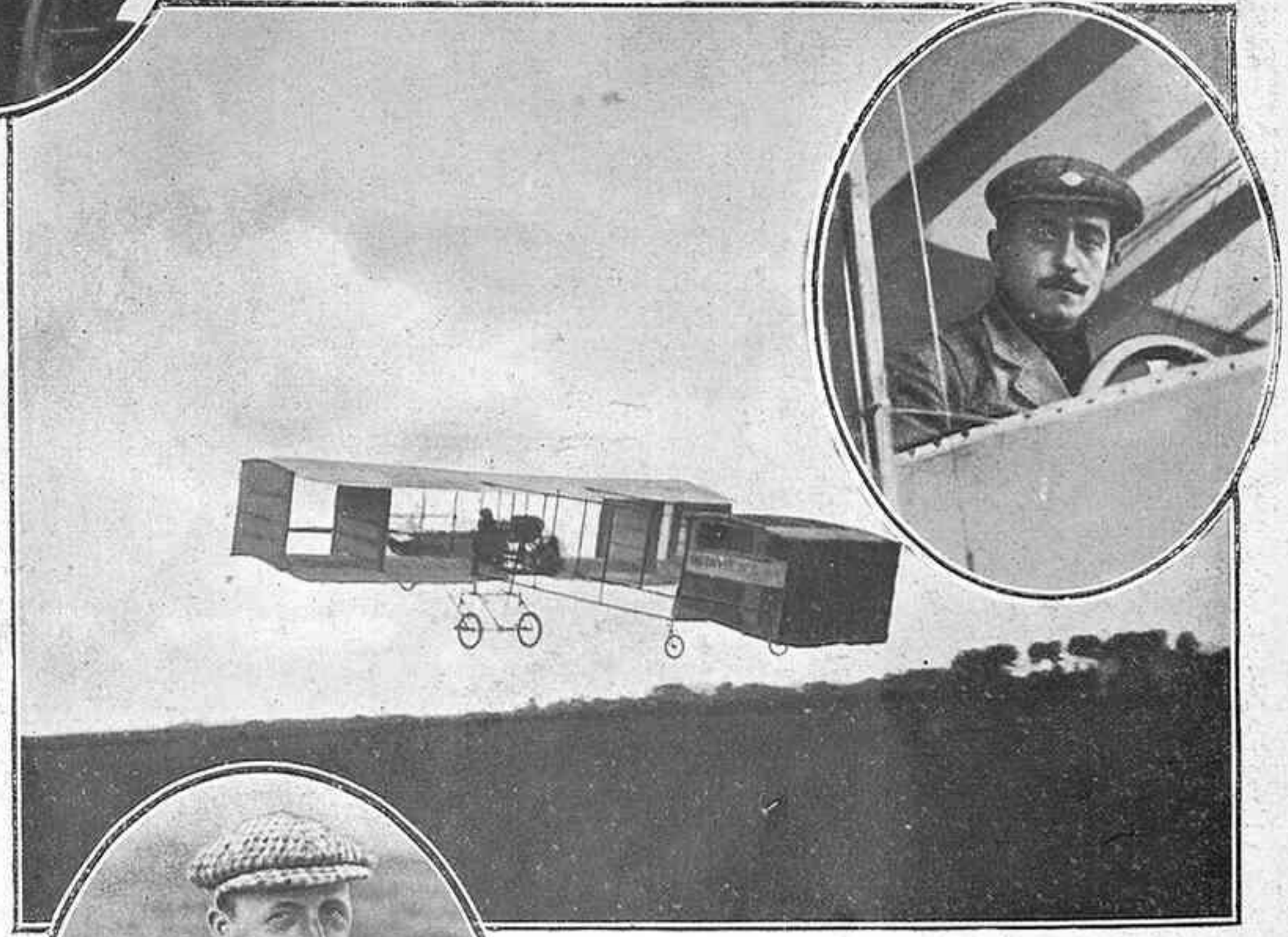
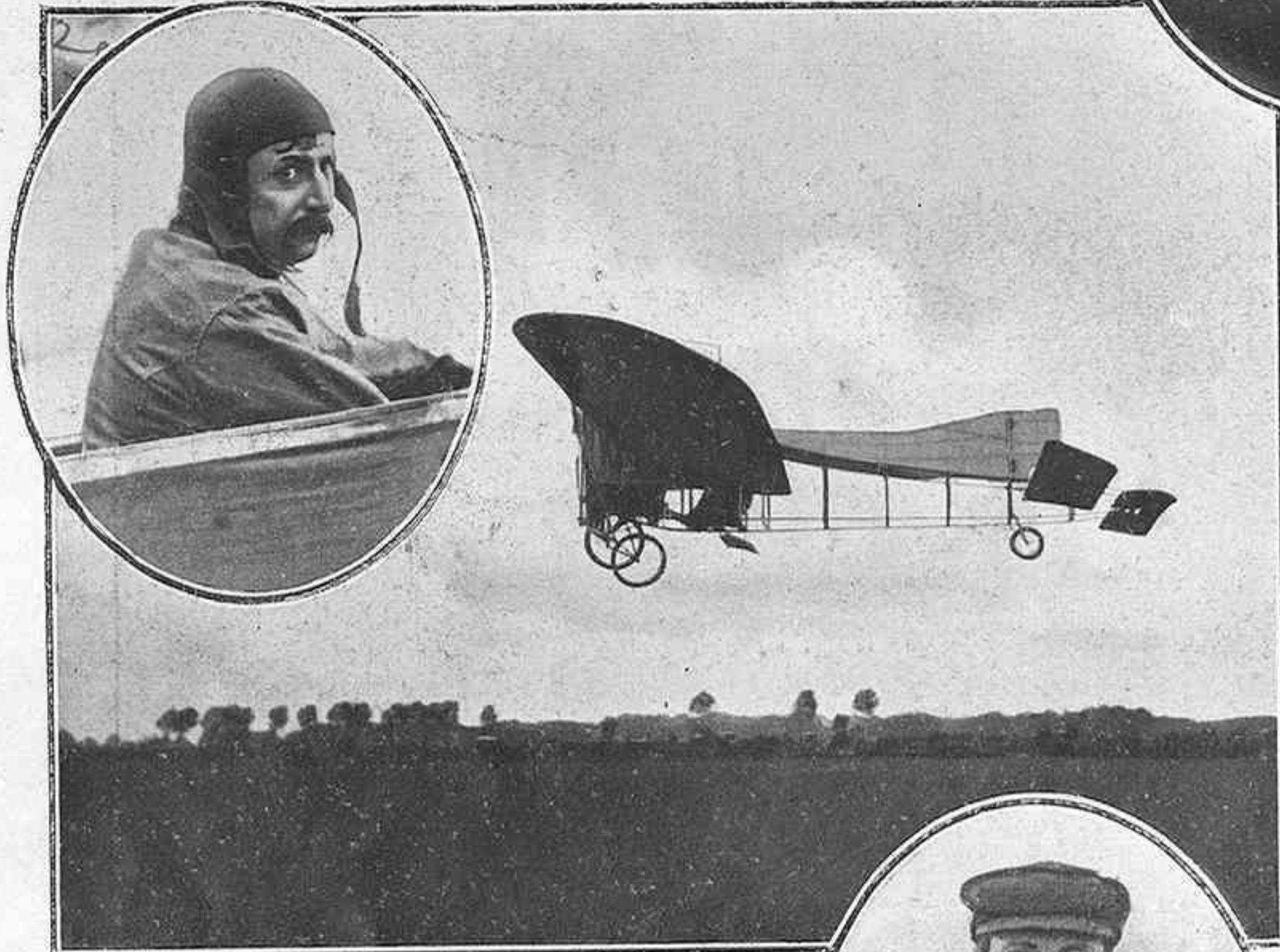
**PREMIO DE LA VELOCIDAD** (tres vueltas a la pista, es decir, 30 kilómetros en menos tiempo): primer premio, *Curtiss*, en 24 minutos, 15 <sup>3</sup>/<sub>8</sub> segundos; segundo, *Latham*, en 26 minutos, 32 <sup>2</sup>/<sub>8</sub> segundos; tercero, *Latham*, en 27 minutos, 18 <sup>1</sup>/<sub>8</sub> segundos; cuarto, *Tissandier*, en 28 minutos, 59 <sup>1</sup>/<sub>8</sub> segundos.

**PREMIO DE LOS PASAJEROS** (una vuelta a la pista en menos tiempo y llevando mayor número de pasajeros): premio único, *Farman*, con dos pasajeros, en 10 minutos, 39 segundos.

**PREMIO DE ALTURA**: *Latham*, que se elevó a 155 metros.

**PREMIO DE LOS AERÓSTATOS** (cinco vueltas a la pista en menos tiempo): premio único, el dirigible *Colonel-Renard*, dirigido por el señor Kapferer, que hizo el recorrido en una hora, 19 minutos y 49 <sup>1</sup>/<sub>8</sub> segundos.

Además de éstos, ha habido otro premio que no figuraba en el programa, el de los mecánicos, que



Los ganadores de los premios y los aparatos en que los han ganado.—LATHAM, ganador del segundo y quinto premios de la Champaña, del primero de altura y del segundo y tercero de la velocidad. —BLERIOT, ganador del primer premio de la vuelta a la pista. —PAULHAN, ganador del tercer premio de la Champaña. —DE LAMBERT, ganador del cuarto premio de la Champaña. —TISSANDIER, ganador del sexto premio de la Champaña y del cuarto de la velocidad. (De fotografías de M. Branger.)

didó la obscuridad de la noche. Con este vuelo (en total 190 kilómetros en 3 horas, 14 minutos), ha baido Farman el record del mundo de la distancia y de la duración.

donde habrá de ser nuevamente disputada en 1910. PREMIO DE LA VUELTA A LA PISTA (una vuelta a la pista, es decir, 10 kilómetros en menos tiempo): primer premio, *Bleriot*, en 7 minutos, 47 <sup>4</sup>/<sub>8</sub> segun-

ganó *Bunau Varilla*, con un vuelo de 80 kilómetros. Como datos curiosos damos a continuación las cifras de lo que han ganado los vencedores en cada una de las pruebas del concurso.

*Farman*: primer gran premio de la Champaña, 50.000 francos; primer premio de los pasajeros, 10.000; segundo premio de altura, 3.000; total: 63.000 francos. *Latham*: segundo premio de la Champaña, 25.000 francos; primer premio de altura, 7.000; quinto premio de la Champaña, 5.000; segundo premio de la velocidad, 5.000; tercer premio de la velocidad, 3.000; total: 45.000 francos. *Curtiss*: copa Gor-

de valor 12.500 francos. *Paulhan*: tercer premio de la Champaña, 10.000 francos. *Tissandier*: sexto premio de la Champaña, 5.000 francos; cuarto premio de la velocidad, 2.000; total: 7.000 francos. *Bleriot*: primer premio de la vuelta a la pista, 7.000 francos. *De Lambert*: cuarto premio de la Champaña, 5.000 francos.

Ocioso nos parece decir que el público que asistió

la que el francés Bleriot sólo por seis segundos fué derrotado por el norteamericano Curtiss; el vuelo de Latham, elevándose en su frágil aparato a la prodigiosa altura de 155 metros, y el espectáculo de varios aeroplanos, en algunas ocasiones doce, maniobrando á la vez en el aire, fueron sensacionales.

La gran semana de Champaña, y esta es otra nota simpática, transcurrió sin accidentes desgraciados;



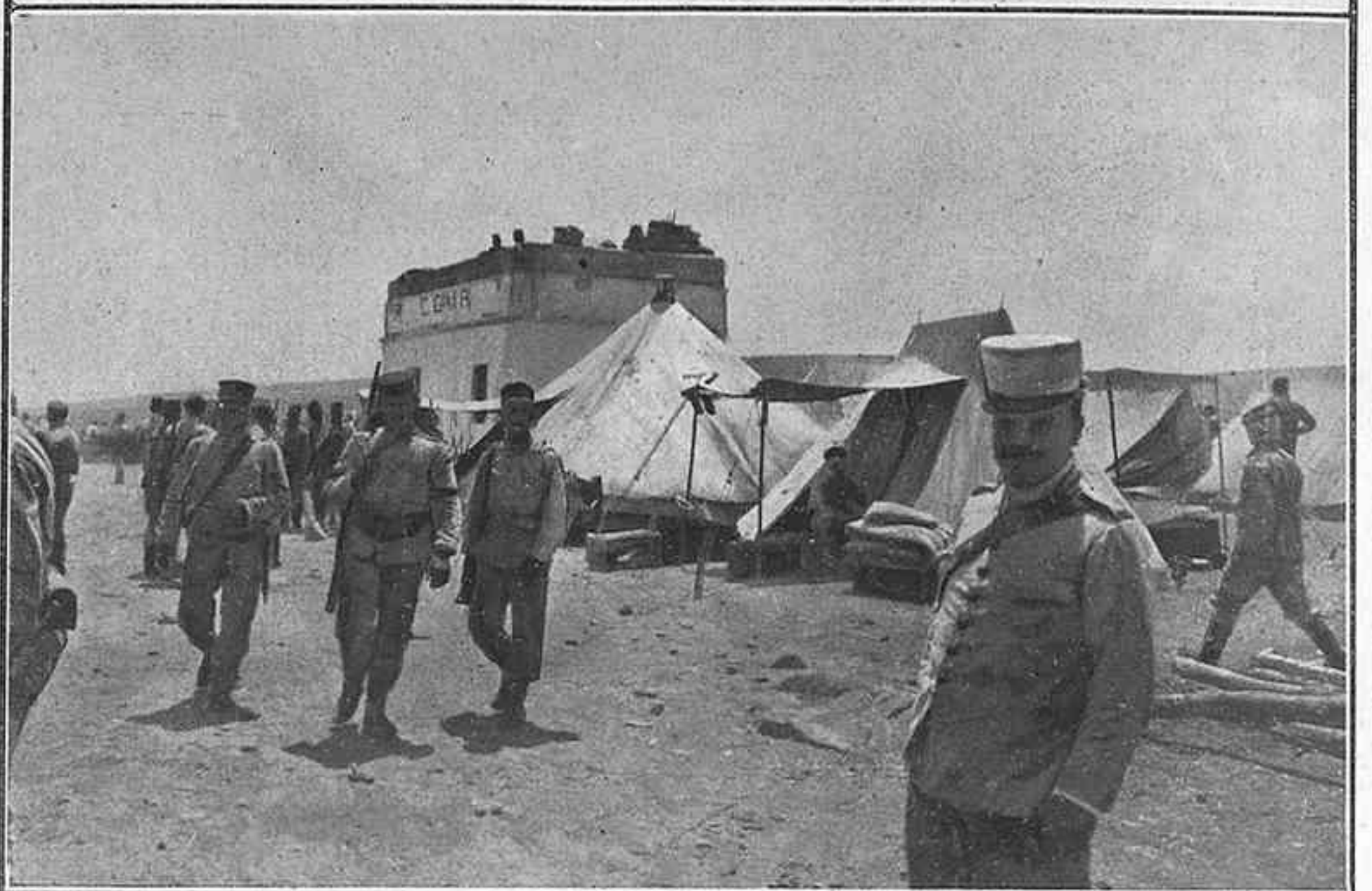
En el aeródromo de Betheny.—Damas del club femenino de aviación «Stella», del que es presidenta la señora de Surcouf (x). — Cinco aeroplanos volando á la vez. — El buffet. — El presidente de la República y su esposa en la tribuna oficial. — Farman llevando en su aparato á dos personas en el momento de emprender el vuelo que le valió el premio de los pasajeros. — Restos del aeroplano Bleriot 22, que fué destruído por el fuego. (De fotografías de World's Graphic Press, Argus, Rol, Rapid y Branger.)

dón Bennet, 25.000 francos; primer premio de la velocidad, 10.000; segundo premio de la vuelta á la pista, 3.000; total, 38.000 francos. Además le ha sido adjudicado provisionalmente la copa, objeto de arte,

al concurso fué tan numeroso como escogido, y que no escaseó sus aplausos entusiastas á los vencedores. Hubo durante las pruebas momentos de verdadera emoción; la lucha por la copa Gordón Bennet, en

únicamente el último día quedó destruído el monoplano de Bleriot, por haberse incendiado la esencia, sin que por fortuna el aviador sufriera más que ligeras quemaduras.—S.

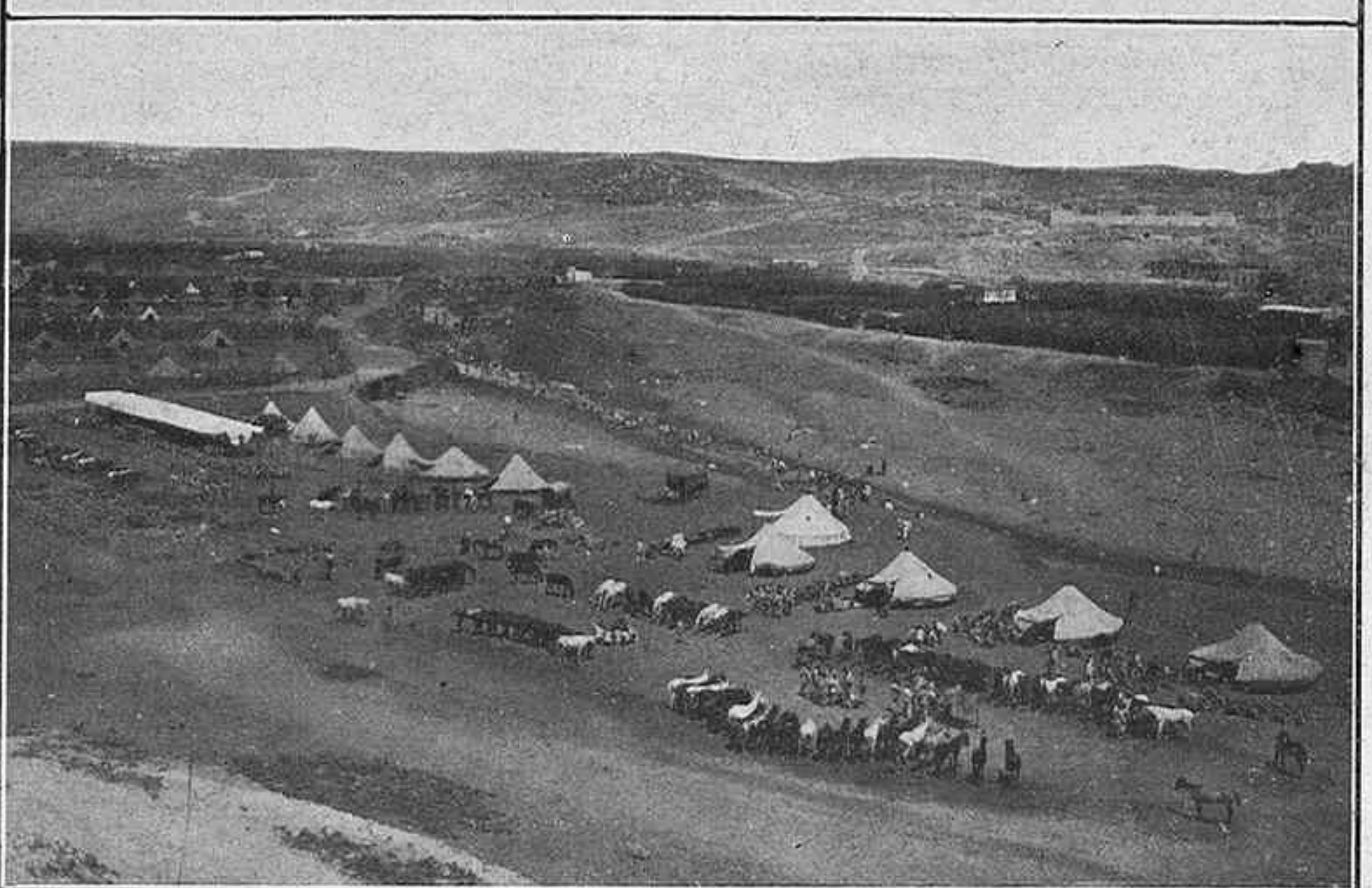
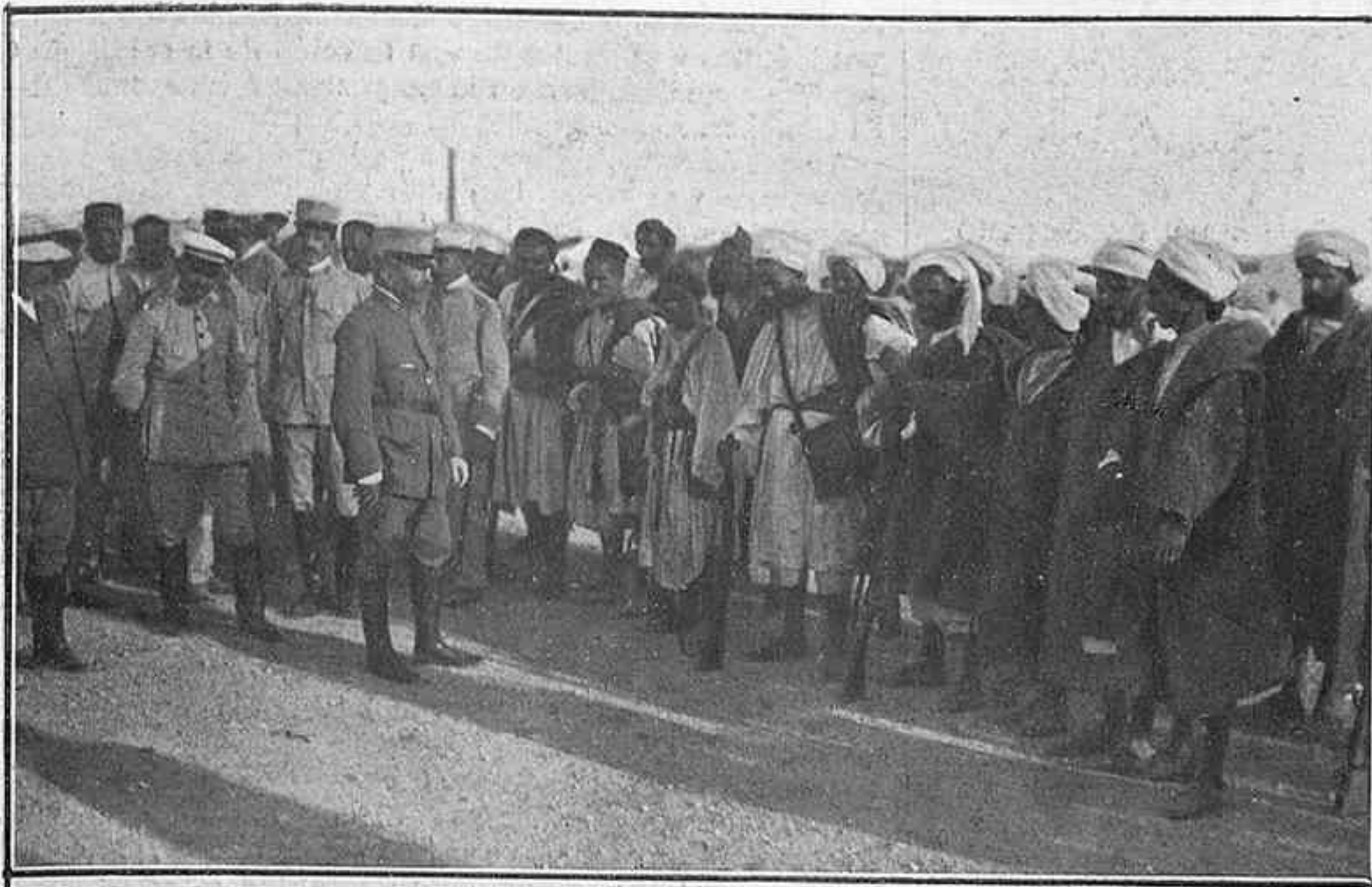
LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de M. Asenjo.)



Los príncipes D. Raniero y D. Felipe de Borbón en el Casino de Melilla. — La cantinera del batallón Alfonso XII, Dolores Llopart. — La guarnición del lavadero del mineral rechazando al enemigo. — Campamento de la segunda caseta. — Soldados preparando la comida junto a la posada del Cabo Moreno. — Ingenieros construyendo una nueva carretera al fuerte Camellos. — Abanderados moros y jefes del interior. — Tienda de campaña de jefes moros.



LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de M. Asenjo.)



El general Tovar revistando la policía indígena.—Oficial enseñando el manejo de las armas á los moros adictos.—Campamento de caballería cerca de la torre de San Lorenzo.—Campamento instalado á orillas del Río de Oro.—Un convoy dirigiéndose á las avanzadas.—Soldados de caballería haciendo fuego contra los rifeños.—Aduares moros en Mezquita.—Aduares moros en la cabila de Frajana.

PASAGES. - VISITA DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII AL CRUCERO ALEMÁN «FREYA»

Hace pocos días estuvo, primero en San Sebastián y luego en Pasages, el crucero alemán, escuela de guardias marinas,

oficialidad del crucero, visitaron todas las dependencias de éste, del que hicieron grandes elogios. Terminada la visita, D. Alfonso XIII se retiró, siendo despedido con los mismos honores que á la llegada.



Pasages. - Visita de S. M. el rey D. Alfonso XIII al crucero alemán «Freya.» (De fotografía de World's Graphic Press.)

*Freya*, que desplaza 5.700 toneladas y va tripulado por 570 hombres.

En Pasages recibió el *Freya*, el día 26 de agosto último, la visita de S. M. el rey D. Alfonso XIII, á quien acompañaban el infante D. Fernando, el marqués de la Torre, el conde del Serrallo y el general Boado.

El monarca, que vestía el uniforme de almirante alemán, fué recibido á bordo del crucero con todos los honores; la tripulación, formada sobre cubierta, dió los tres hurras de ordenanza, mientras la banda tocaba la marcha real.

El rey y el infante, acompañados por el comandante y la

dominar los territorios de la tribu de aquel nombre y de la de Quebdana.

El día 31, las fuerzas del Zoco del Arba sostuvieron un empuñado combate con la *jarka*, que atacó á varias fracciones de Quebdana, por haberse negado á protegerla. La acción duró cinco horas, y en ella nuestras tropas de todas las armas se batieron denodadamente, causando innumerables bajas al enemigo, sin tener por su parte más que tres heridos. Esta diferencia se explica porque la artillería hizo estragos entre los moros, que se presentaron en masas compactas, y cuando éstos huían aterrados, la caballería y la infantería completaron

GINEBRA

EXPLOSIÓN DE UN GASÓMETRO

En la tarde del 23 del próximo pasado se produjo una explosión terrible en la fábrica de gas de Ginebra: 15.000 metros cúbicos de fluido en él contenidos se incendiaron, sin que se sepa á qué se debió el incendio, produciendo una detonación formidable, destruyendo una porción de edificios próximos y rompiendo innumerables cristales de habitaciones y tiendas en un radio de muchos cientos de metros. La armadura metálica del gasómetro quedó casi intacta.

De la catástrofe resultaron trece muertos, tres ingenieros, un contra-maestre y nueve obreros, y doce heridos graves, todos ellos empleados de la fábrica; además fueron innumerables las personas que sufrieron heridas á consecuencia de la rotura de cristales.

LA CAMPAÑA DE MELILLA

(Véanse los grabados de las páginas 592 y 593.)

El tan impacientemente esperado movimiento de avance se ha iniciado ya con la ocupación del Zoco del Arba, realizada el día 24 de agosto último por una media brigada al mando del general Aguilera. Esta operación, que se efectuó sin disparar un tiro, tiene gran importancia estratégica, puesto que con ella no solamente se ha conquistado una excelente base para operaciones sucesivas, sino que además se ha asegurado la comunicación por mar, entre Melilla y la Restinga, ahorrándose una penosa marcha de 22 kilómetros por tierra.

El avance prosiguió en los días 26 y 27, ocupando dos columnas, mandadas por el teniente coronel Sr. Gavilá y por el coronel de Estado Mayor Sr. Larrea, en el valle de Tasagún, á seis kilómetros de Cabo de Agua, posiciones importantes que permiten

la obra destructora de los cañones, cogiendo á los rifeños entre dos fuegos.

En estos últimos combates han luchado valientemente al lado de nuestros soldados, además de la población indígena, 300 infantes y 35 jinetes de una fracción de la cabila de Quebdana, que combatieron en la vanguardia á las órdenes del kaid El Chachar.

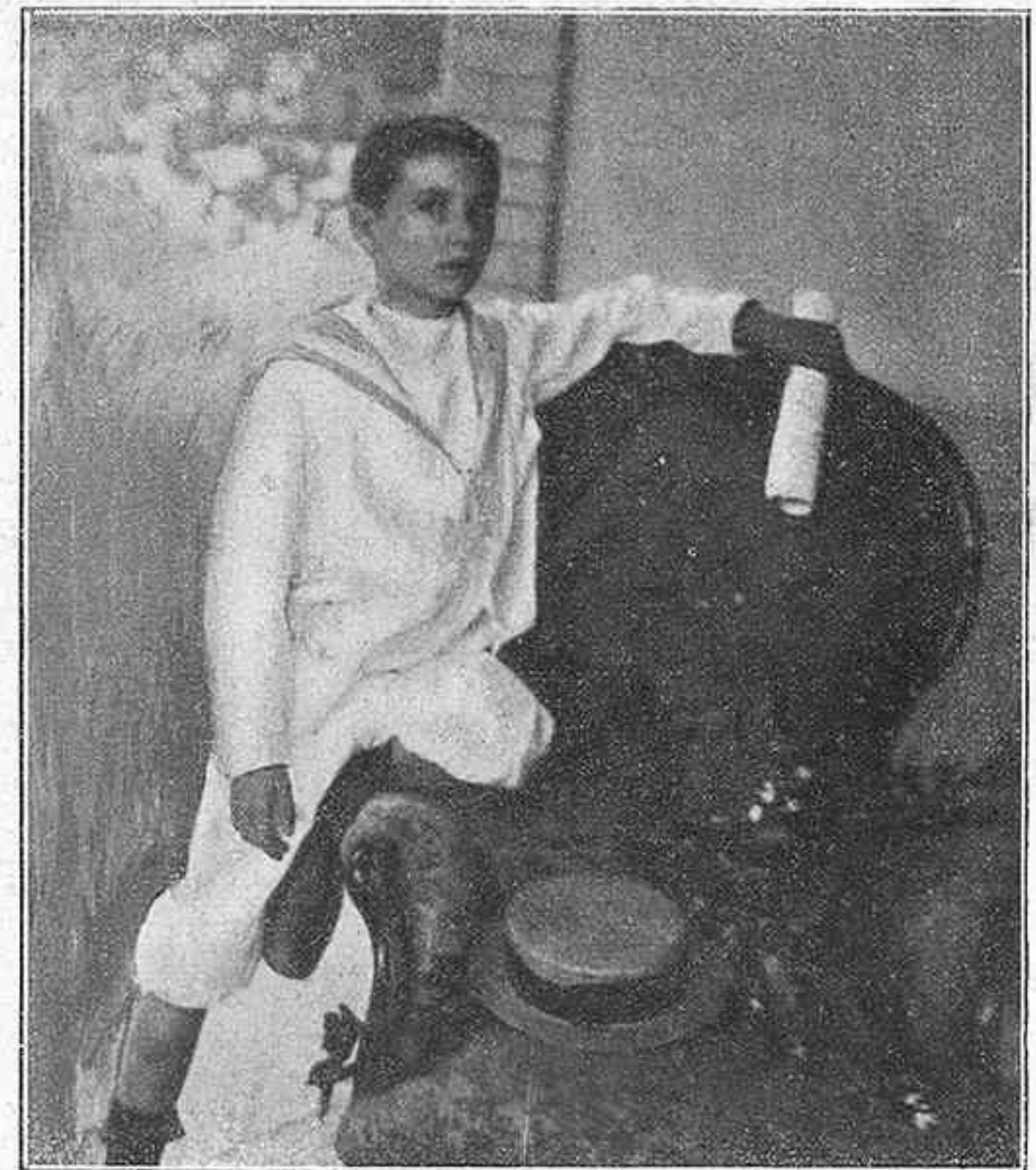
Aparte de estos hechos, sólo podemos decir que los convoyes Alhucemas y el Peñón han sido hostilizados diariamente sin consecuencias; que las obras del dragado de Mar Chica se prosiguen con gran actividad y que adelanta el tendido del ferrocarril de la Restinga. - R.

ALCEO ROSSINI

Hace pocos días ha terminado sus estudios en el Liceo de Pesaro el niño Alceo Rossini, que á pesar de sus pocos años ha obtenido el diploma de maestro de canto.

Hijo de un carpintero y de una aldeana, nació Alceo en Foligno en 4 de febrero de 1897, y habiendo entrado á formar parte de la capilla de una de las iglesias de aquella ciudad, pronto llamó la atención por su voz hermosa y admirablemente timbrada, y sobre todo por la facilidad con que aprendía y ejecutaba las piezas más difíciles.

En vista de ello, el párroco obtuvo de los padres del niño permiso para dedicarlo resueltamente al canto, y á sus costas le matriculó en el Liceo musical de Pesaro, de donde ha salido recientemente, después de brillantes estudios, habiendo conquistado un diploma de maestro á una edad en que muchos no han comenzado todavía sus estudios.

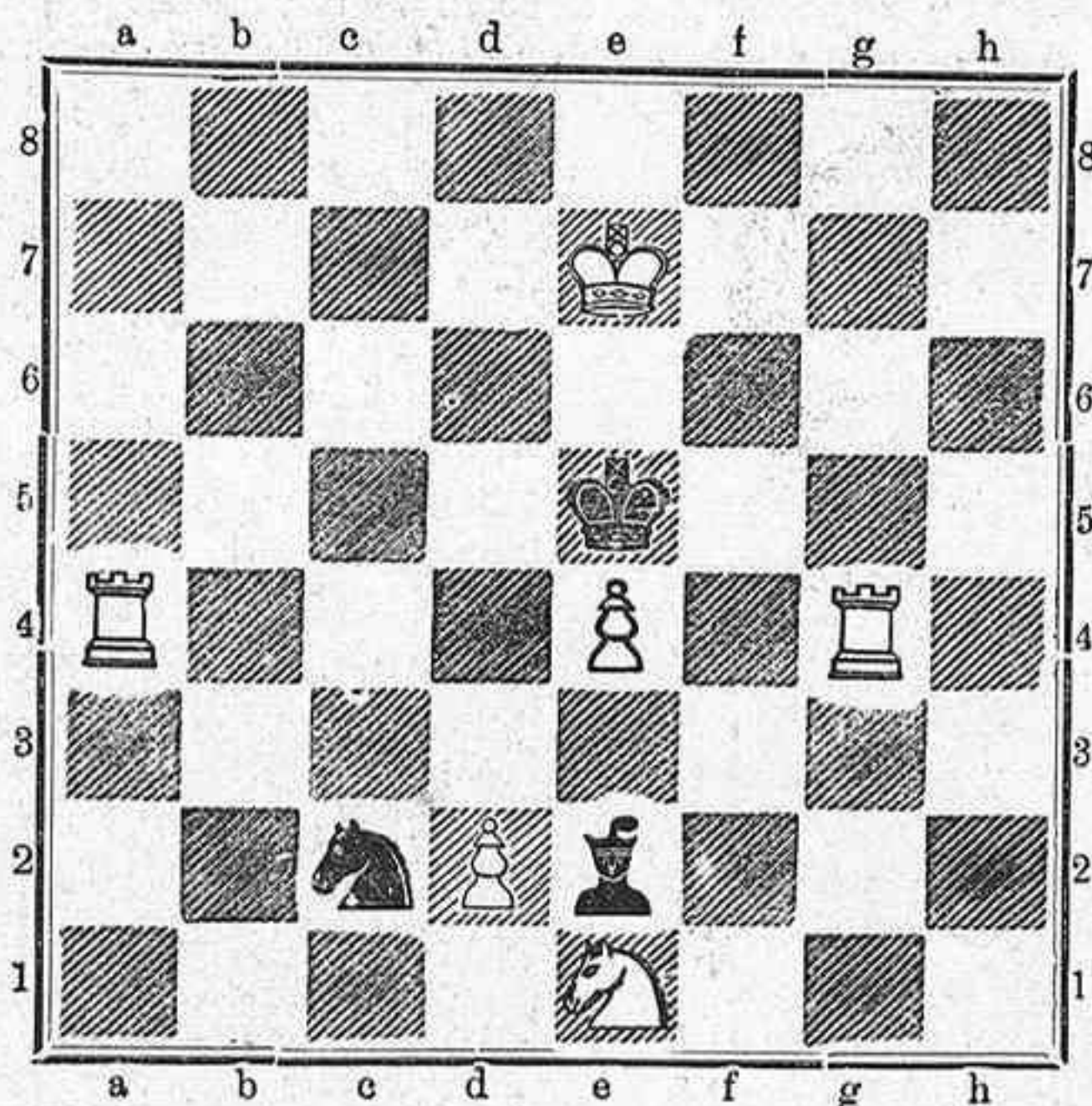


El niño Alceo «Rossini», que ha obtenido el diploma de maestro de canto en el Liceo musical de Pesaro. (De fotografía de Argus Photo-Reportage.)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 527, POR V. MARÍN

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

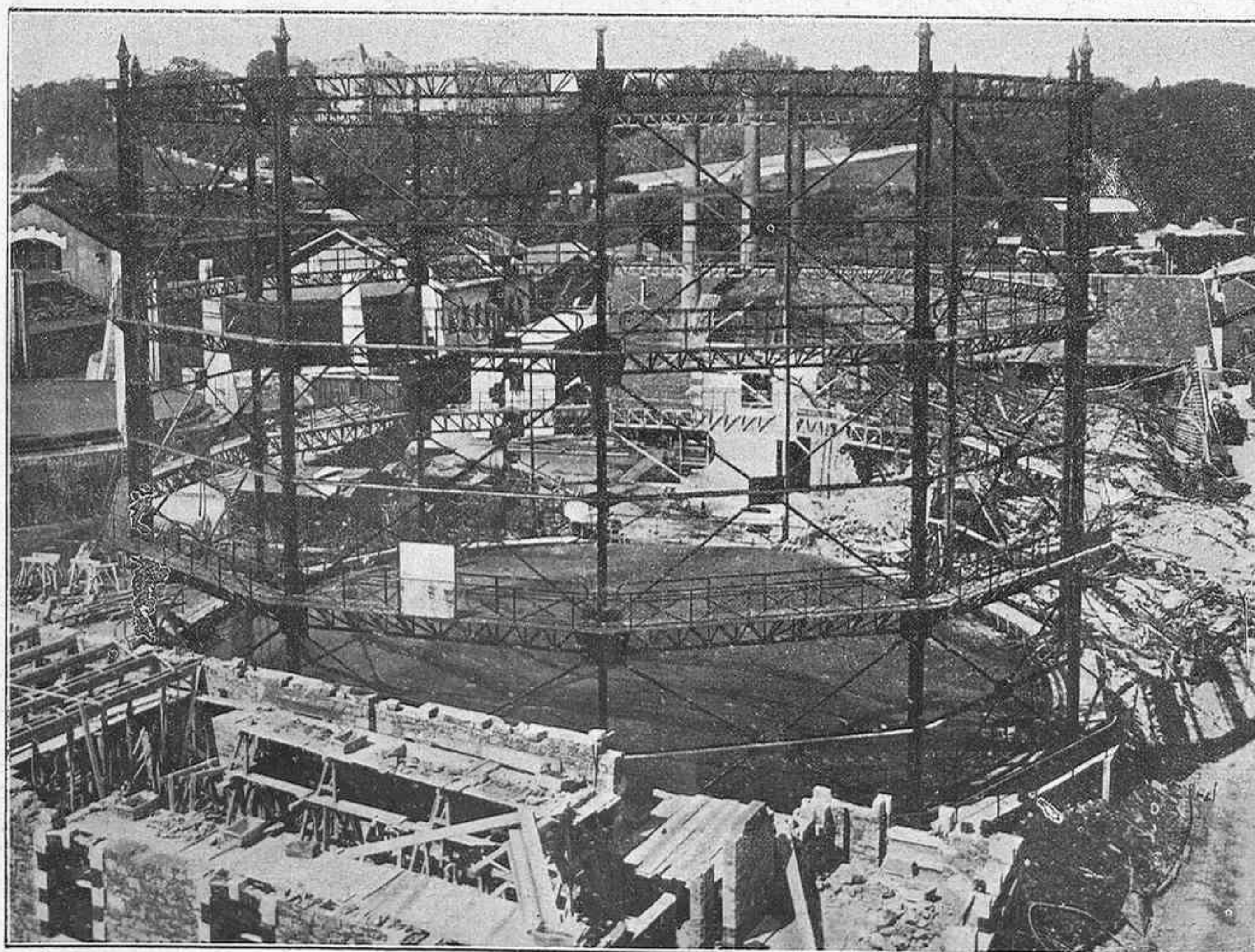
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 526, POR V. MARÍN

- |                 |           |
|-----------------|-----------|
| Blancas.        | Negras.   |
| 1. Tf1-e1       | 1. Aa3xc5 |
| 2. Dg4-f4 jaque | 2. Ce2xf4 |
| 3. e3xf4 mate   |           |
|                 | 1. Af7-d5 |
| 2. Dg4-d4 jaque | 2. Ce2xd4 |
| 3. e3xd4 mate.  |           |

VARIANTES.

1..... Otra jug.ª; 2. Dg4-f4 jaque, etc.



Ginebra. - Explosión de un gasómetro. Vista del lugar del suceso después de la catástrofe (De fotografía de Carlos Trampus.)

# EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Así es que cuando iba á visitar á su fiel Sully, á quien había regalado el castillo de Rosny, situado cerca de Guibray, pero se equivocaba de ribera y llegaba hasta la residencia de su antigua enemiga, arrepentida y apaciguada.

Esta, al principio, le recibió de gala; mas luego, por motivos que tendría sin duda, juzgó prudente evitar en adelante á un rey demasiado generoso que á tal extremo practicaba el perdón de las injurias.

Cada vez que Enrique se presentaba en el castillo de Guibray, la noble dama, prevenida, pasaba el río á toda prisa y se refugiaba secretamente en una granja de su propiedad. Enrique se mostraba contrariado, pero se limitaba á esto.

Sin embargo, un día la sorprendió, le confió los anhelos de su corazón y se ganó esta altiva respuesta:

—Señor, soy de casa demasiado humilde para ser vuestra esposa, y de casa demasiadobuena para ser vuestra favorita.

El rey comprendió y se fué para no volver; otro cualquiera hubiese guardado rencor, pero él no. Y lo probó cuando recibió en su corte á Guillermo, hijo de Tibaldo y de Catalina, pues le colmó de beneficios, grados y dotaciones; le hizo mariscal de campo, empleo que desempeñó dignamente.

Reinando Luis XIII, este mismo Guillermo llegó á ser teniente general de su provincia, siendo el primero en llevar este título, que quedó vinculado en la familia hasta la Revolución.

Tales fueron los principales descubrimientos que hizo Pedro durante tres días bien ocupados; de vez en cuando echaba una mirada por las ventanas, veía el río triste, amarillento, azotado por una lluvia persistente, lo que le animaba un poco más á continuar sus investigaciones... Pero el lado desagradable de aquella tarea es que, durante los tres días de compulsación de papelotes llenos de polvo, se ensuciaba las manos.

Al cuarto día, por la mañana, había cesado la lluvia; un sol amarillento trataba de atravesar las nubes y el exterior se hacía practicable. Por caminos deteriorados abandonó su madriguera y bajó al pueblo y de allí al río, espiondo no sé qué con su mirada escrutadora.

Y sucedió lo que debía suceder. Al doblar un recodo del camino, Pedro de Guibray encontróse frente á frente con Bertilla Faulque.

Al mismo tiempo Pedro se decía: «Tu familia tiene mil años de gloria, este país es tuyo; tus antepasados lo conquistaron, lo poseyeron, doblado bajo su yugo; tus abuelos fueron á Pastelina con el rey San Luis, y se encontraron en Marignan al lado de Francisco I; Enrique IV hizo en vano la corte á tu abuela Catalina y colmó á su hijo de dignidades. Tú descendes de esos; eres tres veces noble... Y esa joven que viene nació de raza sierva; sus padres trabajaron al mando de los tuyos. Uno de ellos se insubordinó y fué traidor y asesino. Pues bien; mira fijamente á esa muchacha, pero de manera que pierda para siempre las ganas de volverte á ver.»

Así mutuamente preparados avanzaron el uno hacia el otro, con gran tensión de nervios y rigidez de piernas, forzando sus actitudes y excitándose por lo bajo á grandes aires de enojo.

¡Pobre s muchachos! Al cruzarse, ambos bajaron los ojos; Pedro, traidor á su voluntad y furioso de tal flaqueza, saludó impulsivamente á Bertilla, la cual, no comprendiéndose á sí misma, desconcertada, le devolvió el saludo graciosamente.

Tal fué el primer encuentro grave entre aquellos dos enemigos. Y cada cual se fué sin volver la cabeza, furioso contra sí mismo de haber hecho precisamente el papel opuesto al que de antemano había ensayado.

«¿Pero qué he tenido?» — decía Bertilla confusa y despechada subiendo la cuesta.

«¿Qué me ha dado?» — rugía Pedro de malísimo humor bajando hacia el río.

Si habían bajado los ojos simultáneamente al pasar, se habían mirado bien de lejos; y de aquel examen se llevaban ambos su impresión, la misma.

«¡Qué lástima! Es muy simpático» — pensaba la joven.

«¡Lástima que sea una Faulque! — pensaba Pedro. — Daría gusto quererla...»

El resultado del incidente fué que Bertilla, mal segura de sí misma, no volvió á buscar á Pedro, y que éste, no encontrándola ya por los caminos, le parecieron solitarios, tristes y sin interés.

Pero separados por sus preocupaciones, que eran las de sus familias, se hallaban unidos, sin embargo, por aquella misma persistencia en pensar el uno en



Matías Le Tenant de Guibray

Como de parte del uno el encuentro era previsto y de parte de la otra premeditado, ninguno de los dos experimentó gran sorpresa.

Ambos palidecieron un poco, sin embargo, al verse á diez pasos. Rápidamente Bertilla pensó:

«Acuérdate de Roque, ahorcado; de Miguel vengador; de los miserables de quienes descendes, y mira fijamente en los ojos á ese descendiente de los cobardes.»

el otro. Ambos la explicaban por una aversión forzosa, inevitable, tradicional; y lo cierto es que iban á hacerse sufrir y llorar mutuamente, como si se hubiesen odiado de veras, por una causa justa y razones valederas.

Mientras duró el verano, Pedro, para distraer su pensamiento y según su misión, recorrió su dominio, definió á poca diferencia sus límites, mandó poner barreras y aisló sus bienes.

Un hombre se le había ofrecido espontáneamente para guiarlo en el inventario exacto de su propiedad. Era un mozo de cutis moreno y pelo rojo, flaco y huesudo, con una nariz enorme sobre una boca desdentada; hijo del país, jardinero á ratos, pero sobre todo gran pescador de percas y albures, conocía cada piedra del camino y cada hierba del río. Se llamaba Brice.

Pedro aceptó sus servicios. Tras él subió por empinados senderos, saltó arroyos, dió la vuelta á sus tierras. Con él siguió en barca el río; y á fin de ocupar sus horas lentas y ociosas como los viejos ribereños, echó el anzuelo á los gubios. Se humanizaba, pero se daba cuenta de su condescendencia con estupefacción; el fastidio le reducía á ello, haciendo de él un hombre como los demás.

Y aquel Brice, que se había hecho indispensable, ni siquiera le manifestaba un respeto muy seguro. Le llamaba «señorito Pedro» y nada más.

Llegó el otoño y el joven señor de Guibray cazó con Brice en sus llanos. Pero en todo y por todo Brice humillaba á Pedro; remaba mejor que él; pescaba mejor que él; cazaba mejor que él; si había supremacía ó superioridad entre los dos personajes, estaba incontestablemente de parte de Brice. Pedro se lo confesaba á veces con irritación, pero se calmaba pronto; sin Brice se hubiese muerto de fastidio y de pena. A falta de otras, aquella presencia le distraía, le evitaba la soledad, el escucharse y el analizarse sobre todo, dolorosa manía á que estaba muy propenso por desgracia.

Durante todo el mes de agosto pasó el tiempo en juzgar las cosechas y discutir las futuras siembras; también le interesaba la viña, que cubría las laderas inferiores al castillo; ocupóse en obras de regadío que se habían hecho necesarias, y empleó trabajadores que simulaba vigilar.

Así se le iban los días.

En ese ejercicio, siempre al aire libre, se le puso moreno el cutis á su vez, adquirió fuerza y su talle delicado se enderezó.

Un día en que remaba en el río, Brice, sentado enfrente de él preparando las cañas de pescar, le contempló un instante en silencio y dijo luego con negligencia:

—La verdad es, señorito Pedro, que tenía usted muy mal semblante cuando vino de París..., pero ya se ha repuesto... Ahora casi tiene todos los aires de un aldeanote.

A este cumplimiento, Pedro ni siquiera pestañeó. Decididamente cambiaba mucho. Él también había notado la transformación. Se sentía otro, y este otro valía más que el de antes.

Por la noche se decía á veces:

«Hoy he andado veinte kilómetros.»

Y sonreía con satisfacción, con mayor aprecio de sí mismo, del personaje exacto que era, solo, sin el cortejo de sus antepasados.

Comía en abundancia, dormía á pierna suelta, y se felicitaba de volverse positivo.

Había abandonado el archivo, aplazando para más tarde la continuación de sus estudios.

Un solo punto negro había en el horizonte del corazón; pero él no se lo confesaba, sino que seguía desnaturalizando lo mejor del mundo los nuevos sentimientos que despertaban en él.

El lujo del castillo nuevo, de los troncos y carruajes de los Faulque, la vida feliz y animada de esa gente, que recibían visitas sin cesar, que tenían casa abierta y mesa siempre servida, le llenaban á él de amargura y de cólera.

Y cuando veía pasar á Bertilla rodeada de apuestos jóvenes divertidos, que se esforzaban en serle agradables, su amargura y su cólera aumentaban todavía.

Sentíase humillado por aquella riqueza triunfante al lado de su modesta situación rayana en la pobreza. Era injusto, inhumano, odioso. Los descendientes de los usurpadores sanguinarios ostentaban, en presencia de él, su riqueza mal adquirida. Y retrocedía cada vez en su sombra, concentrándose en sí mismo, abrumado de malos pensamientos.

A veces, más sincero, sentía que se hubiesen abierto semejantes abismos entre el viejo y el nuevo castillo. La existencia hubiese sido diferente, abierta á tanta esperanza.

Pero en seguida rechazaba aquellas tácitas confe-

siones como otras tantas cobardías condenables; tenía vergüenza de su alma y su retraimiento aumentaba. Sin embargo, ya sufría, presa de una tristeza constante que la soledad hacía más sombría y más aguda.

La cadena del pasado al presente era pesada, y las compensaciones, puramente vanidosas, no bastaban á calmar sus rencores.

Entonces el pobre joven se entregaba ardientemente á la vida material y activa; se apasionaba por nimiedades, jurándose que se contentaría con ellas. Pasaba largas horas en el río, único elemento que se ofrecía á su distracción.

Cansaba sus músculos manejando el remo días enteros; aprendía las costumbres de los ribereños, viajando sin cesar de una á otra orilla, sirviéndose de sus barcas como la gente de tierra se sirve de sus carruajes, á cada instante, para el trabajo, para las diligencias, para el paseo y la distracción.

En aquel rincón tan particular, los niños, las muchachas y las mujeres conducían una embarcación como marineros viejos. Con el pontón del barquero, eran los únicos lazos de unión de una ribera á otra; la manifestación era bonita; aquellas barcas, siempre en movimiento, animaban el río con la constante presencia de gente.

Pedro hizo como los demás, pasó el tiempo en vagar sobre el agua, tostándose al sol y encontrando en ello goces que se exageraba de intento.

Al separarse de Brice, el eterno hablador, la vuelta á la ruina le parecía lamentable al joven señor de Guibray, quien, para arrancarle á su sueño, no tenía más que la presencia muda de sus viejos servidores Medardo y Ursula, demasiado respetuosos para atreverse á romper el silencio delante de aquel heredero de una augusta familia. Tal exceso de veneración casi le enojaba.

Las veladas eran lúgubres cuando él permanecía solo en su caserón descoyuntado, solo consigo mismo, entregado á las reflexiones.

Su padre, el barón Gilberto, y su madre, Valeria de Guibray, advertidos por sus cartas, le invitaban á que volviese á su lado, haciéndole ver la inutilidad de un esfuerzo sin resultado. No eran bastante ricos para ayudarlo de un modo efectivo en aquella tarea de restauración estúpidamente onerosa. Se había engañado, porque le habían engañado á él; lo mejor era renunciar cuando aún era tiempo, y dejar que el caserón se acabase de arruinar poco á poco, pero en poder de otros propietarios. ¡Liquidar, liquidar! Tal era el estribillo de su sensatez.

Pero el joven no quería ceder tan pronto; las órdenes supremas del tío Jaime eran para él sagradas; por esto se obstinaba, y además algún lazo invisible le retenía en aquella tierra ingrata, en que algunos de sus enemigos imaginarios le interesaban más de lo que nos interesan la mayor parte de nuestros amigos.

Negábase, pues, á regresar á París; al contrario, rogaba á sus padres que fuesen á Guibray, juzgando con razón que con más gente la casa parecería menos grande.

Pero ni Gilberto ni Valeria querían modificar á tal extremo su manera de ser. El barón detestaba los bosques, los campos, la campiña; y la baronesa aborrecía el silencio y la soledad, que le daban *spleen* y le atacaban los nervios.

Y ambos retrocedían con terror ante una instalación rudimentaria, provisional, bajo techos carcomidos, en camas desvencijadas, en medio de muebles fantasmas, que recordaban antiguas agonías. Juzgaban con razón que el sitio era desagradable, glacial, maléfico, y que aquella estancia era tan inútil como inoportuna.

—Vuelve.

—No; vengán ustedes.

Las cartas se sucedían, se cruzaban y contestaban sin aportar cambio alguno de una y otra parte.

Y para Pedro pasaban los días lentamente.

Cuando hubo concluido de almacenar sus cosechas, de vendimiar sus viñas, pasado agosto, pasado septiembre, se encontró nuevamente ocioso.

En otoño empezó de pronto á llover: los paseos por el río, último refugio, fueron ya imposibles; el vagar al aire libre tuvo que interrumpirse; y en el castillo, último, pero triste asilo, el joven escuchó las veletas rechinar sobre los tejados inseguros.

Se acercaba el invierno; ¿qué haría entonces, encerrado dentro de sus muros sombríos? Desesperóse de nuevo.

Para mayor fastidio y mayores afanes platónicos, todas las noches aparecían iluminadas interiormente las ventanas del castillo nuevo.

La época de las cacerías atraía en casa de Faulque huéspedes bulliciosos, procedentes de los castillos vecinos, siempre alegres. Los almuerzos y las comi-

das con numerosos convidados eran sucesivos, interminables.

Allí había calor y alegría; allí se hablaba, se cantaba, se celebraba la vida.

A veces, por la noche, en el silencio, un instante consentido, una voz de mujer, acompañada al piano, se elevaba pura y se extendía sobre el río, cuyos ecos la repetían en lontananza. Voz admirable, en verdad, sobre todo para Pedro, pues sabía que sólo ella podía cantar así. Escuchábala de lejos, furioso y encantado; la escuchaba con avidez, tan pronto como empezaba, para no abandonar su ventana, abierta á pesar del viento y de la lluvia, hasta la última nota, definitivamente extinguida. Y cuando aquella voz ideal callaba, dejando un vacío en la extensión, Pedro, más pálido, aterido, tembloroso, cerraba con violencia la ventana gritando:

—¡La detesto!

A menudo Clemente Faulque, que era de alma bastante bondadosa, se preocupó de su singular vecino.

Un día dijo á Bertilla:

—Ese muchacho es estúpido. Vive con Brice, con ese borracho..., sin tratarse con nadie..., y sin embargo es simpático de figura. ¡Cómo debe aburrirse solo en el castillo destartado de sus abuelos! Tengo ganas de convidarlo á comer un día de estos..., ¿qué te parece?

Ella le disuadió con afectada indiferencia, encontrando razones que parecían buenas.

—Rehusaría. Nos desprecia. Rehusaría. Sería una afrenta. ¿A qué buscarla? El señor de Guibray es un Guibray á la antigua; para él somos siervos rebeldes.

—¿Quién te ha dicho eso, muchacha?

—Se ve en sus ojos, en sus actitudes, en sus retraimientos huraños. Tiene veinticuatro años, usted tiene más de cincuenta; por consiguiente, no le toca á usted dar el primer paso.

—Es verdad, repuso Clemente; pero si en este mundo se atiende puramente á la etiqueta, se corre el riesgo de hacerse insoportable. Además, esas maneras son cosas del antiguo régimen. Yo soy de mi tiempo.

—Y él es de otro, replicó la muchacha aferrada á su voluntad; por favor, déjelo estar.

—¡Oh! Como quieras, á mí me es igual; era por caridad, por pura compasión hacia ese guapo chico que hace el tonto.

Y Faulque no volvió á insistir, olvidando en lo sucesivo hasta la existencia de Pedro.

Bertilla, que parecía dura para él, le tenía, sin embargo, presente siempre en el pensamiento. Hallábase sin cesar rodeada de jóvenes lisonjeros, obsequiosos, ávidos de serle agradables, como era natural siendo ella hija única y heredera de un padre considerado multimillonario, y siendo además realmente hermosa, de espíritu refinado, al extremo de que era una delicia el verla y un encanto el oirla.

Sin embargo, en aquella corte de adoradores ninguno le gustaba; ninguno respondía sin duda al ideal humano que ella se había forjado en sus sueños, ó que había encontrado quizá en su camino, no ya imaginario, sino vivo, pero hostil á ella, separado de ella por todas las preocupaciones del mundo, y sobre todo por su mutua educación.

¿Conocía sus propios sentimientos? No, ó al menos los conocía muy mal. Ella también ahogaba las voces secretas, como atentatorias á su bella altivez.

De una y otra parte, el implacable orgullo enconaba los antiguos rencores, daba cuerpo á fantasmas y forjaba realidades con ilusiones.

Una noche de septiembre en que, por excepción, el día había sido hermoso, en un adiós de verano, á cosa de las ocho, al resplandor de una luna muy clara, Pedro seguía en su barca la corriente por el brazo pequeño del río, muy estrecho y sin profundidad en aquel sitio.

Los sauces se inclinaban en la orilla de las islas y de las márgenes; no se oía ruido alguno, á excepción de un suavísimo murmullo del viento entre el ramaje.

Aprovechándose de aquella hermosa tarde, Pedro paseaba su aburrimiento y sus sueños en el paisaje consolador.

Súbitamente vió una barca que venía hacia la suya, vigorosamente empujada por un esfuerzo nervioso. Suspendió los remos y dejó venir, turbado ya por una adivinación.

Las barcas se cruzaron, y él reconoció, conforme esperaba, á Bertilla, sola en su gola estrecha.

Sus ojos se encontraron; á la blanca claridad sideral pudieron contemplarse muy distintamente uno á otro, y ambos alzaron sus ojos al cielo con una expresión infinitamente triste y dolorosa. Sin duda tomaban á Dios por testigo de su recíproca impotencia para conjurar la suerte, las cosas escritas; pero tam-

bién de su doble amor, aumentado á pesar de las leyendas.

Y ambos á la vez dieron un gran suspiro. Eran extraños enemigos.

Aquella noche Bertilla soñó largo tiempo, con los ojos abiertos en la obscuridad, en su cama de doncella; y Pedro, abismado en un sillón roto, sin darse cuenta del curso de las horas, maldijo á toda su ascendencia y reprochó, en la sombra, á su tío Jaime la misión demasiado pesada que le había confiado.

Las tinieblas, malas consejeras, decuplicaban sus penas y desproporcionaban su confusión. Fué el desconcierto de dos almas cándidas, pero también depravadas por rencores aprendidos, por juicios preconcebidos y voluntarios.

Estimaban siempre que entre ambos había abismos en que ningún subterfugio podría echar jamás un puente y que ninguna pasión podría franquear; y ante aquel vacío se estremecían, ansiosos de ganar la orilla opuesta.

Pero al día siguiente se puso nuevamente á llover; los aguaceros rayaban el cielo y azotaban la tierra; todo se enturbiaba de nuevo en el horizonte, achicado, y aquella renovación de sensaciones, aquellos nuevos encuentros, para los cuales Pedro y Bertilla se preparaban ya como para otras tantas citas, fueron aplazados para más tarde, para tiempos indeterminados, por el momento imposibles.

El joven se metió otra vez en el archivo y abismó sus ojos en la niebla de los siglos.

Llegaba al extraordinario Matías Le Tenant de Guibray, que vivió en tiempo de Luis XIV, y que su tío Jaime le citaba con veneración, como una de las grandes figuras de su genealogía.

Era, en efecto, asombroso ese Matías, soldado, literato á pesar de la época, y sobre todo ferviente adepto de las ciencias ocultas, en cuyo estudio se complació siempre. Cincuenta años después de la muerte del astrólogo florentino Cosme Ruggieri, él continuaba sus prácticas; pero contemporáneo de la Brinvilliers y de la Voisin, aún se ocupaba de magia negra y cultivaba el estudio de los venenos.

Esto no le impedía ser un gran señor, bien acogido en el Louvre y más tarde en Versalles. Era estimado y temido, pues al decir de las gentes adivinaba los pensamientos y leía en los corazones. Además era alto, robusto y no toleraba ofensas.

En sus tierras y en su mando se mostró siempre imperioso y cruel, celoso de sus derechos y de su dominio; hacía andar bestias y personas á latigazos.

Compensaba en parte estos defectos con miras más altas: la afición á las bellas obras intelectuales y á las investigaciones científicas; pero esta preocupación del alma no le hacía más compasivo para la pobre carne de los que pasaban trabajos en provecho de él.

Inútil es decir que sus investigaciones pseudocientíficas no fueron en nada superiores á las de su época. Antes bien continuó antiguos errores, complaciéndose en ellos, no como innovador, sino como discípulo de los maestros en el género.

La astrología había caído ya en descrédito entre el público intelectual, y Matías aún la practicaba, quizá con fe, pero ciertamente impulsado por el demonio del orgullo encarnado en su raza; porque así creía indicar á sus descendientes la ruta que se debía seguir, marcándoles el destino.

Pensaba dejar una especie de testamento místico, en el verdadero sentido de la palabra, que sus descendientes consultarían con esa deferencia relativa que el miedo y la superstición ocasionan.

Este cálculo nada ofrecía que no fuese razonable; pues aun en nuestros días las profecías más vulgares ejercen acciones directas en la mayor parte de los hombres. Los vaticinios de una pitonisa de feria han ocasionado á menudo acontecimientos buenos ó malos que, sin ella, no hubieran ocurrido nunca. El campo de la credulidad es vastísimo, y en la época de Matías de Guibray su horizonte era todavía ilimitado.

La astrología, ilusión antigua de los pueblos primitivos que empezaban á mirar arriba; los pastores de Caldea, á fuerza de contemplar las estrellas en la serenidad de las noches orientales, llegaron pronto á figurarse que aquellos astros influían en sus oscuros destinos.

Entonces cada pastor eligió para sí una estrella, y las noches en que las nubes la ocultaban á sus ojos, estaban tristes; sin ella se sentían presa de los invencibles enemigos que rondan en las tinieblas; pero cuando brillaba muy clara, muy pura, en un cielo despejado, recobraban fe y valor; los dioses velaban.

Después de ellos, los egipcios heredaron aquella cándida y encantadora tradición. Luego los griegos y los romanos, pues respondía á la primera necesi-

dad del alma: á la esperanza en un poder superior y tutelar.

Finalmente la Europa occidental la acogió á su vez, y duró siglos. En Francia cada príncipe tenía un astrólogo en su corte, generalmente italiano, como Galeotti, consultado por Luis XI; como ese Ruggieri de quien Catalina de Médicis escuchaba atenta las profecías y los oráculos.

No nacía un personaje de alguna importancia sin que se llamara á un astrólogo para que sacase su horóscopo.

Aquellos destinos, prescritos de antemano, suprimían la voluntad personal, el libre albedrío; pero los más altivos tenían entonces el alma simple, y las pobres gentes carecían de ambición para conducirse á sí mismos por un camino que ignoraban; era más cómodo atenerse al cielo, que se encargaba de todo.



Bertilla

La fe católica no se preocupaba de ello. Las estrellas brillan por la gracia de Dios.

Pues bien: Pedro de Guibray descubrió, entre el cúmulo de papeles y pergaminos de su archivo, un cuaderno amarillento, en cuya cubierta se leía este título interesante:

*Historia futura de mi raza, según las manifestaciones siderales y mis observaciones, por el barón Matías Le Tenant de Guibray.*

Lo abrió y leyó las primeras líneas de la primera página:

«Si cada hombre tiene su estrella, las constelaciones refieren la historia de las familias. En nuestro grupo astral he leído estas profecías...»

Pedro se detuvo y cerró los ojos; tenía miedo. ¿Qué iba á revelar aquel manuscrito? ¿Iba él á ver con sus propios ojos su existencia anunciada, su pasado, su presente y su porvenir?

En el estado de desconcierto mental en que había caído, sentíase dispuesto á las credulidades pueriles, y estaba seguro de que si las predicciones ofrecían la menor verosimilitud, iba á impresionarse hasta la medula de los huesos y le acosarían después continuamente.

Su antepasado, aquel Matías, le pareció, en la sombra y retroceso de los años, de una inmensa estatura, de un aspecto insostenible, como los espantosos gigantes de los cuentos y las fábulas.

No se atrevía á proseguir una lectura cuyo principio le llenaba ya de terror y de aprensión.

Transigió y hojeó el terrible cuaderno saltando páginas. Entrevió este pasaje:

«En nuestra raza las mujeres suelen tener la tez trigueña y el pelamen rubio...»

«Como Bertilla» — pensó Pedro, súbitamente distraído.

Esta idea le seducía, pues sacaba de ella una vaga esperanza de reconciliación. Y reflexionó luego: ¿por qué no? Un señor enamorado antaño de una hermosa vasalla..., y así los parentescos se establecen, lejanos es verdad, pero aceptables al examen de la razón. Así se explicaría también aquel extraño y real parecido que él había observado entre Clemente Faulque y el barón Gilberto... Sí, sí, así todo se arreglaba..., venían á ser hermanos.

«¡Locura! — murmuró apartando de sí el cuaderno; — ya se produce el efecto, estoy desatinando...»

No obstante, meditó largo tiempo, y de vez en

cuando repetía inconscientemente esta frase en seguida aprendida de memoria:

«En nuestra raza las mujeres suelen tener la tez trigueña y el pelamen rubio.»

Sin embargo, ciertas palabras le chocaban por su falta de respeto y de énfasis, como la palabra *pelamen*, poco noble, sobre todo á propósito de Bertilla. Probablemente Matías no había previsto á ésta.

Acercó lentamente á sí el diabólico manuscrito, y esta vez, apoyados los codos en la mesa y la cabeza en las manos, permaneció abismado en él durante horas, presa de ansias sucesivas á medida que volvía las hojas que le abrasaban los dedos.

Leyó:

«Acaba de nacerme un hijo; le he puesto por nombre Esteban; he consultado su estrella; es pálida, intermitente, pequeña y septentrional, entre las nebulosas. Las noches de estío permanece en el horizonte menos tiempo que las demás, y á menudo centellea. Esteban vivirá sin energía, sin gloria, presa de las indecisiones. Morirá joven, dejando á su vez un hijo. Respecto á éste voy á interrogar al espacio y á buscar un astro tras las atmósferas, en los misterios del tiempo...»

Pedro se levantó y buscó, en el árbol genealógico de Guibray, el nombre de Esteban. Había muerto á los cuarenta años, dejando, en efecto, un hijo, Guislano, el mismo que fué apellidado Guibray-Gabela, que había sido cruel y había mandado ahorcar al contrabandista Roque Faulque.

Hasta aquí, en su laconismo, en su sencillez desdenosa, el horóscopo decía verdad. Esteban había muerto joven, dejando un hijo.

Pedro se encogió de hombros.

«¡Casualidad! — pensó. — Además, el abuelo quizá trampeó, deduciendo su profecía del carácter de Esteban, que conocería bastante bien para juzgarlo incapaz de acción. ¿Quién sabe si todo esto no fué escrito más tarde, después que Guislano había ya nacido?»

Pero en esto el árbol genealógico no le dió la razón. Matías había muerto cuando Esteban aún no había cumplido treinta años, ocho años antes de nacer Guislano.

«¡Bah! — exclamó Pedro. — Vamos á ver este Guislano. Respecto á éste, no hay fraude posible; además, conozco un poco el personaje. El tío Jaime me hablaba de él á menudo como de un admirable señor, gloria de la familia y valiente defensor del trono y del blasón. Vamos á ver.»

Y respecto á Guislano, Matías decía:

«Este será hombre rudo; se halla bajo la influencia de Marte y de Mercurio; no puede desearse más. ¡Anda, muchacho! Tú combatirás sin miedo y sabrás aprovecharte de la victoria. Tú serás un buen soldado, pero también un buen intendente de tus bienes. Llenarás tus graneros y tus bodegas sin pudor, apoderándote de todo lo que halles al alcance de tu mano. Contigo, la casa será rica, poderosa y respetada. Pero desgraciado del intruso que se te interponga. Serás pronto en castigar cuando estés dispuesto á herir, y pronto en ponerte en disposición de castigar. Dejarás tras ti algunos cadáveres, pero habrás servido á tu rey, á tus iguales y á tu propia causa. Después de ti, es probable que los tuyos paguen los platos rotos. No importa, habrás vivido noble y gallardamente. ¡Buen Tenant, buen Guibray, entre todos!»

Era verdad. Guislano había sido un rudo soldado y un buen intendente de sus bienes. Había aumentado su patrimonio á expensas del vecino. Había herido con dureza y largo tiempo cuando había herido, es decir, á menudo... ¿Qué deducir?

«¡Bah! — dijo Pedro aún mal convencido, á pesar de su angustia; — ¿quién sabe si Guislano fué así precisamente porque Matías lo había profetizado? Calcó su vida sobre el oráculo, se adaptó á las prescripciones, violentando quizá su naturaleza, pero persuadido de que no podía ser de otro modo... Nada de acontecimientos típicos, sólo generalidades... A ver los otros; pero apenas queda texto para los últimos descendientes... El barón Carlos..., el mártir..., el decapitado. ¡Ah! En cuanto á éste, el horóscopo no puede ser vago. Si Matías era vidente, debió estremecerse de horror ante el derrumbamiento de su casa y el patíbulo levantado para el rey y para su bisnieto... El barón Carlos... Aquí está:»

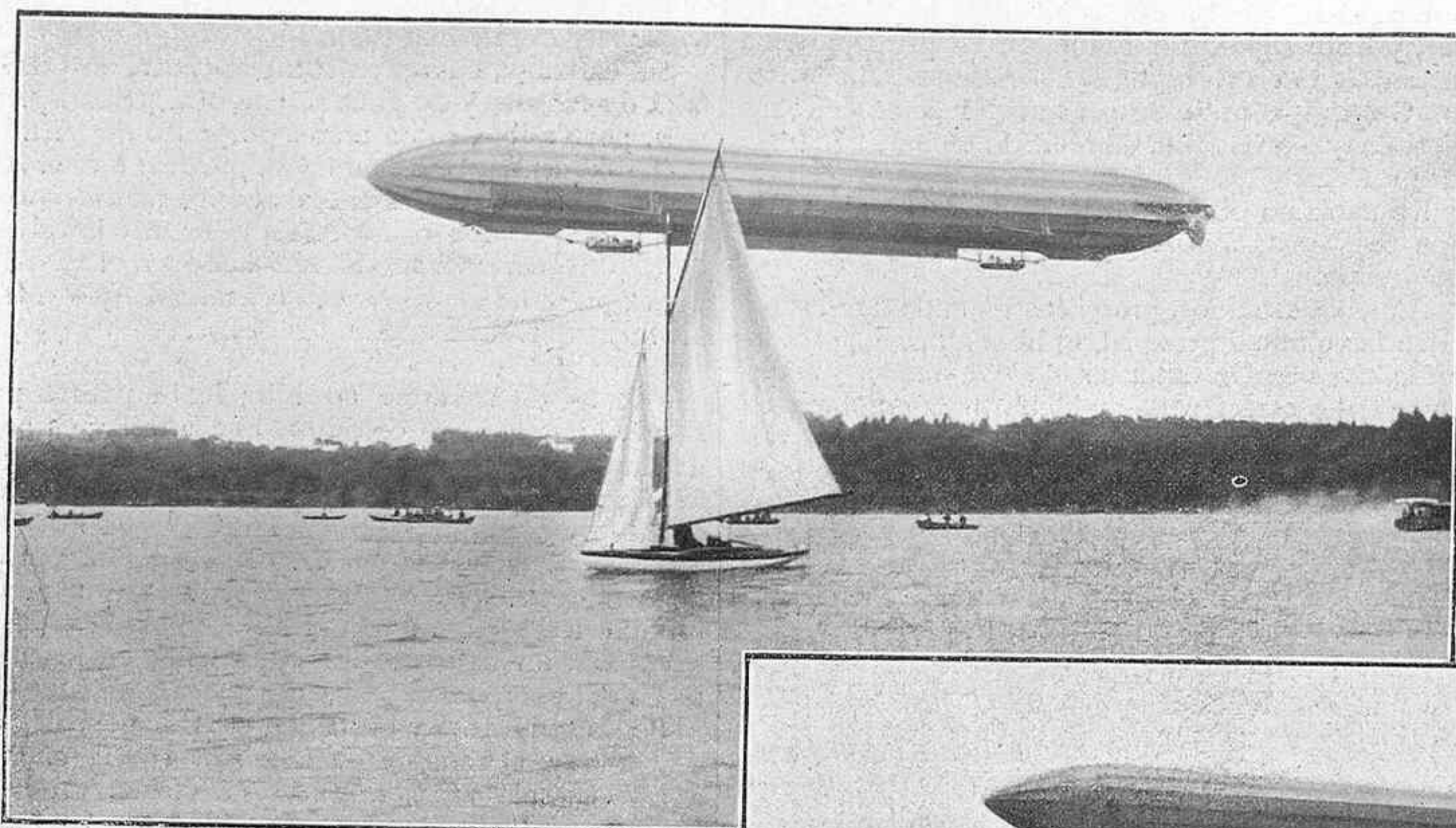
«Mi bisnieto... He debido equivocarme, yo salgo de un sueño... ¡Gran Dios! ¿Tan cerca están los tiempos? ¡Qué espanto!»

Pedro palideció en su soledad; ello empezaba bien.

«Este nacerá bajo una mirada de Venus..., mala mirada, siempre fatal, que le perderá. Le gustarán las mujeres, todas las mujeres... Una le hará traición, le entregará.»

(Se continuará.)

# VIAJE DEL DIRIGIBLE ALEMÁN «ZEPPELIN III» DESDE FRIEDRICHSHAFEN A BERLÍN



El «Zeppelin III» sobre el lago de Constanza poco después de su salida de Friedrichshafen. (De fotografía de Carlos Delius.)

Por fin el conde Zeppelin ha podido ver realizado su propósito de llegar en su famoso dirigible hasta Berlín y ser allí recibido solemnemente por el emperador y la familia imperial. Salió el aeróstato de Friedrichshafen á las cuatro y media de la mañana del 27 de agosto último, bajo la dirección del barón Zeppelin, emprendiendo su marcha hacia Ulm. Los 80 kilómetros que separan ambas ciudades fueron salvados fácilmente en dos horas; pero á partir de Ulm, el avance se hizo con lentitud, y momentos hubo en que fué nulo, no obstante lo cual á las once y cuarenta y cinco llegó á Ostheim, distante 30 kilómetros de Nuremberg. Allí hubo de descender en pleno campo para reparar algunas averías y cambiar el propulsor, y á las dos y diez prosiguió su viaje; pero las averías eran más importantes de lo que en un principio se había creído y fué preciso encargar telegráficamente que se tuviesen preparadas en Nuremberg algunas piezas. Poco tiempo después llegó á esta última ciudad, en donde fué recibido entre grandes aclamaciones por una multitud que no bajaría de 50.000 almas, y mientras el ingeniero Durr se dedicó á hacer las reparaciones, el conde Zeppelin se dirigió por tierra á Bitterfeld para tomar algún descanso, siendo allí ovacionado por una inmensa multitud.

Efectuadas las reparaciones, salió el dirigible de Nuremberg á las dos y diez de la madrugada del 28, pasó por Bayreuth á

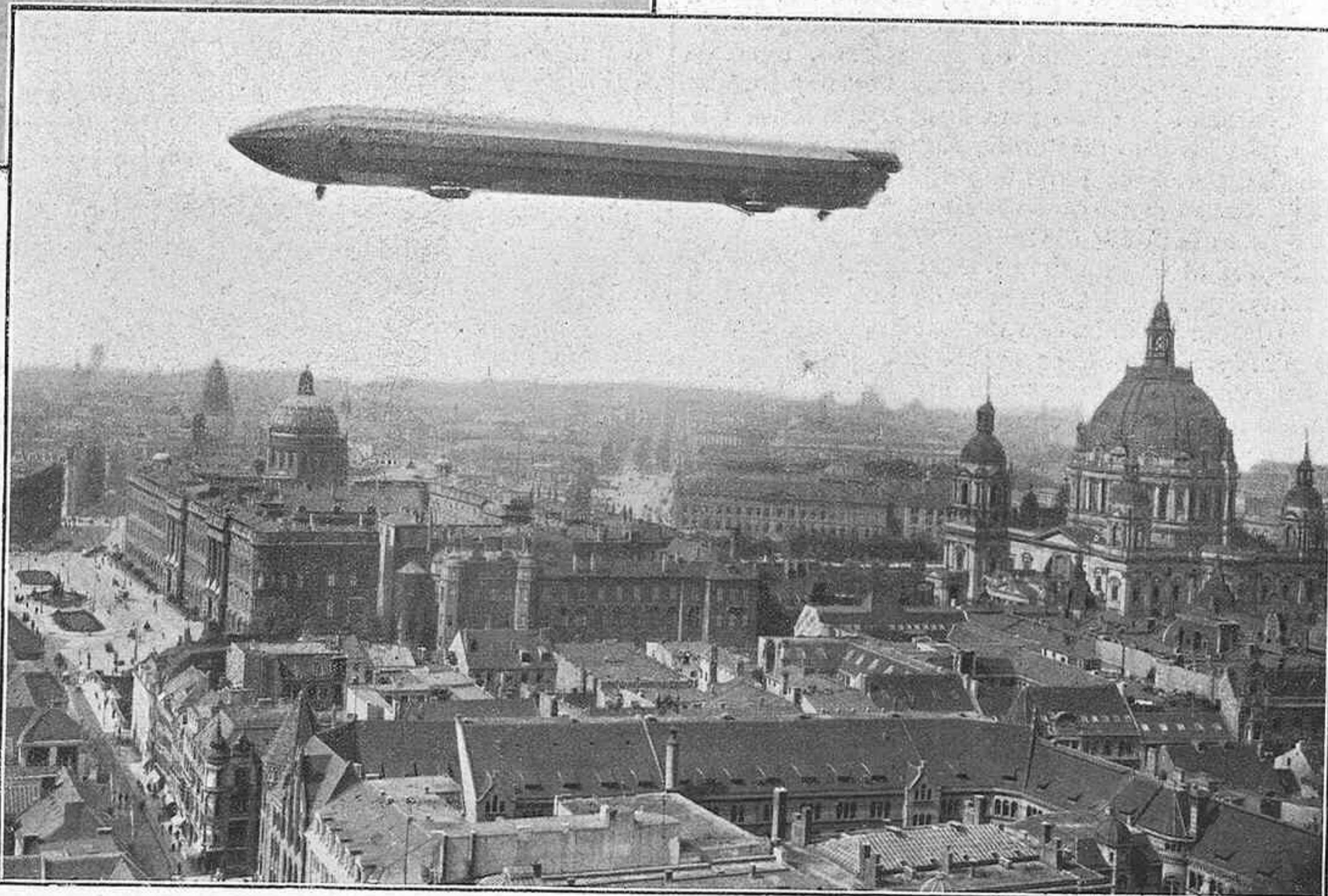
las más difíciles maniobras, siguió por la Avenida de los Tilos, pasó sobre la puerta de Brandeburgo, recorrió los arrabales situados al Norte de Berlín y emprendió al fin la marcha hacia el campo de tiro de Tegel, en donde le esperaban el emperador con su familia y una inmensa muchedumbre.

Cerca de las dos apareció en aquel lugar el aeróstato, y cuando estuvo en el sitio en que había de tomar tierra, comenzó á descender majestuosamente, tocando el suelo con una seguridad admirable.

El espectáculo que ofreció entonces aquella vastísima llanura fué indescriptible: mientras el emperador y su familia salían al encuentro del conde Zeppelin, una serie de aclamaciones formidables saludaba al héroe del día; millares de banderas se agitaban en el aire, y en medio de aquella ovación estruendosa apenas se oían las notas del himno nacional, que músicas de todas clases ejecutaban.

El burgomaestre Sr. Reicke pronunció un discurso de salutación ensalzando el valor y la perseverancia que han conducido al inventor famoso á la victoria.

Al poco rato, el no menos célebre aviador Orville Wright era presentado al gran aeronauta alemán y al emperador Guillermo. Éste lanzó un viva en honor de Zeppelin, que fué con-



El «Zeppelin III» maniobrando sobre Berlín, entre el palacio imperial y la catedral. (De fotografía de Haeckel, comunicada por Harlingue.)

cional y las aclamaciones de centenares de miles de personas que llenaban las calles, plazas y paseos de la ciudad. El aeróstato pasó por encima del palacio real, dió la vuelta al torreón de la Casa Ayuntamiento, y después de haber ejecutado

testado con delirante entusiasmo, y en el automóvil real marcharon juntos el soberano y el conde, quien almorzó con la familia imperial en palacio.

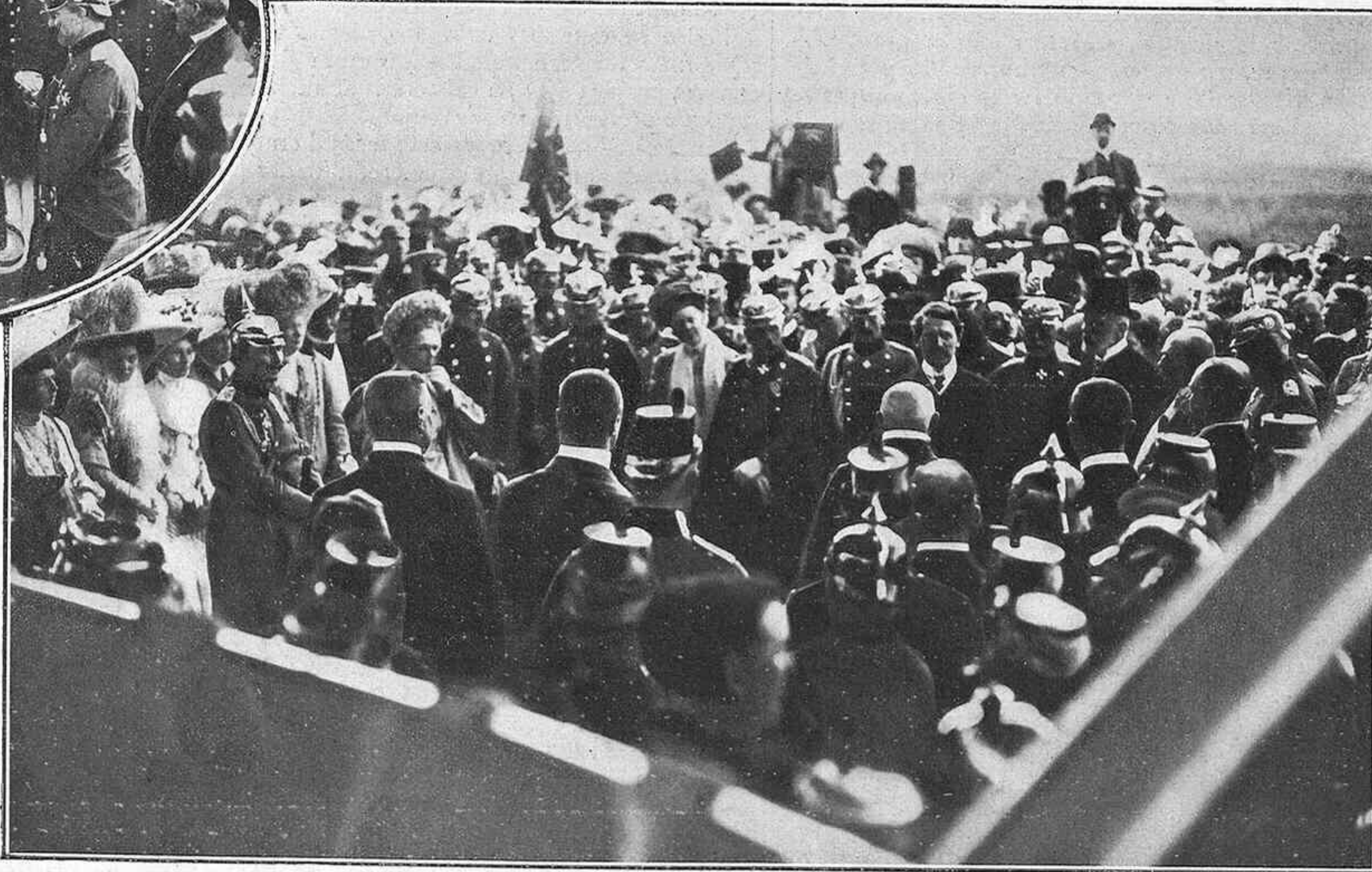
De toda Alemania habían acudido gentes para presenciar un acontecimiento que ha sido considerado como nacional.



El emperador Guillermo II saludando al conde Zeppelin en el campo de Tegel. (De fotografía de Haeckel, comunicada por Harlingue.)

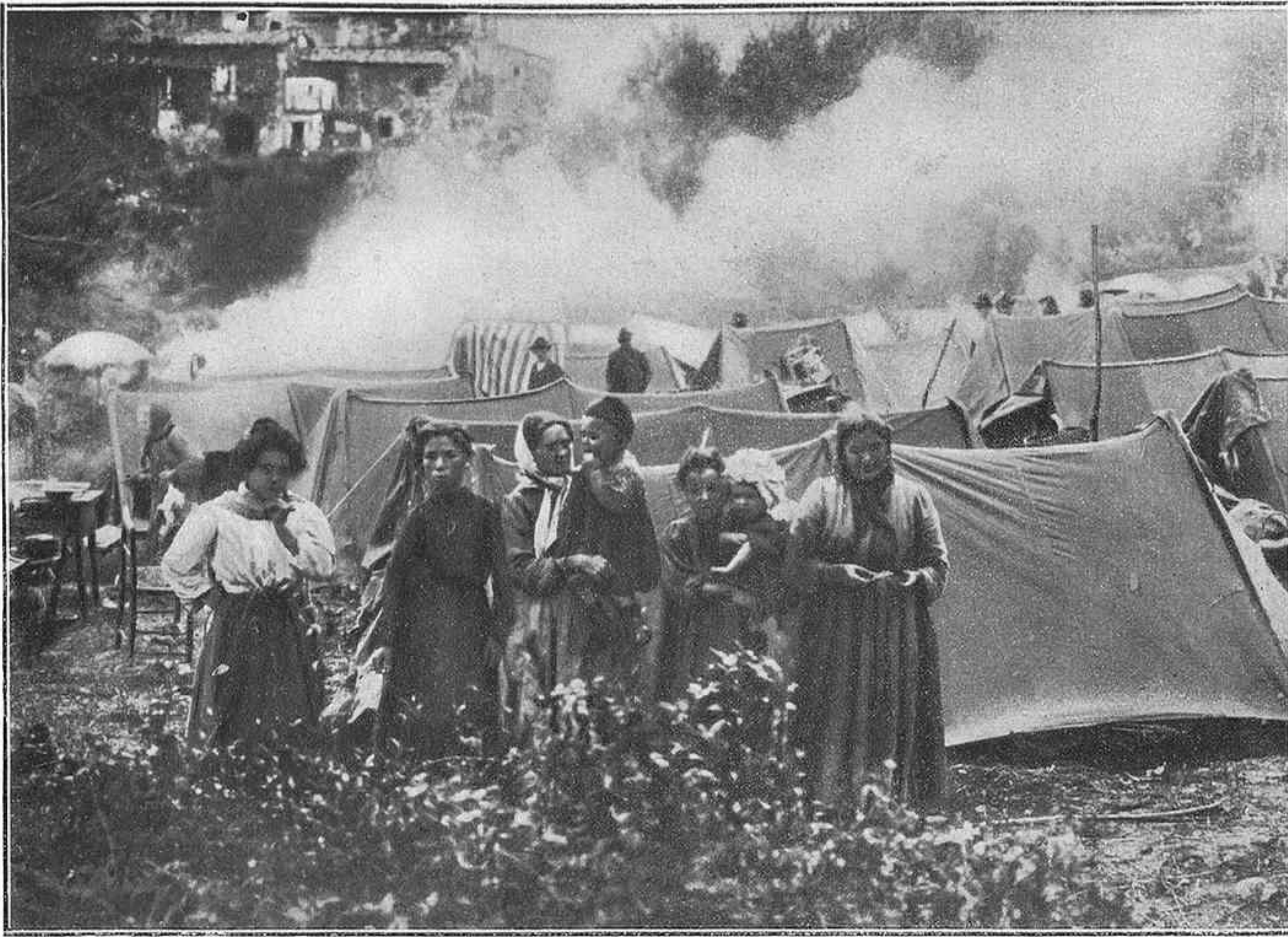
las seis y cuarenta y cinco y por Munchberg á las nueve y treinta, y después de un viaje en extremo difícil, en el que perdió una de sus cuatro hélices y sufrió nuevas y graves averías, llegó á Bitterfeld á las seis y cuarenta y cinco de la tarde. Durante la noche repararon las averías, pero no se pudo substituir la hélice perdida, por lo que el «Zeppelin III» hubo de reanudar su marcha, á la mañana siguiente, con sólo tres hélices.

La salida se efectuó, en medio de una densa niebla, á las siete y media; á las once el dirigible estaba á la vista de Berlín, y una hora y media después aparecía sobre el campo de maniobras del Tempelhof. Inclínose varias veces como saludando al emperador, y luego encaminóse á la capital entre el sonido de las campanas de todas las iglesias echadas al vuelo, los acordes de innumerables músicas que tocaban la marcha na-



El burgomaestre L. Reicke dando la bienvenida al conde Zeppelin. El grupo de la izquierda lo forman el emperador, la emperatriz, la emperatriz madre y los príncipes y princesas imperiales. (Fotografía de Frankl.)

EL TERREMOTO DE TOSCANA. (De fotografías de Argus Photo Reportage.)



Los habitantes de San Lorenzo de Merse alojados en tiendas de campaña en las afueras de la población



Casas de Buonconvento destruidas por el terremoto

En toda la Toscana y en una parte de la Umbría sintieron, en la noche del 24 al 25 de agosto último, varias sacudidas terrestres que llenaron de pánico a los habitantes de aquella región.

El epicentro del fenómeno sísmico estaba en los alrededores de Siena, con irradiaciones hacia Florencia, Arezzo, Luca, Pisa, Liorna, Orvieto y Grosseto. La primera sacudida sintióse en Siena a las once y media; la segunda, más violenta, se produjo a la una y veintitrés y fué precedida de ruidos subterráneos; la tercera, muy fuerte también, ocurrió diez y seis minutos después, y la cuarta, muy pequeña, a las cuatro de la madrugada.

Desde el primer momento, los habitantes abandonaron precipitadamente sus casas, muchos de ellos sin vestirse, y pasaron la noche al aire libre. Igual pánico hubo en Florencia, sobre todo después de la segunda sacudida, que fué la más intensa y duró catorce segundos.

Los aparatos sísmicos de los observatorios de Florencia y Siena se rompieron.

En Chianciano, pequeña estación termal, el espanto fué grande: los enfermos lanzaban gritos de terror, y hubieron de ser sacados en brazos de los hoteles y de las casas.

Los primeros telegramas causaron gran inquietud en toda Italia y muy especialmente en Roma, pues son muchísimas las personas de la alta sociedad romana que en esta época del año residen en alguno de los numerosos balnearios y estaciones veraniegas de la región en donde se produjo el terremoto; pero las noticias posteriores tranquilizaron los ánimos al decir que sólo había habido un muerto y algunos heridos, en su mayoría leves, en Buonconvento.

Mayores fueron los daños materiales, ya que en Buonconvento, San Lorenzo de Merse y Monteroni se derrumbaron muchas casas y otras en gran número quedaron cuarteadas.

Paris

Date de 1849

**PUREZA DEL CUTIS**

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA**

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFFLORESCENCIAS  
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa GANDÈS

Bis: Deala, 46

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EFICACES  
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA  
COLORES PÁLIDOS  
EMPOBRECIMIENTO  
de la SANGRE  
Escrófulas, etc.

**PILULES**  
EXIGIR LA SIGNATURE

**de BLANCARD**

APROBADAS  
por la  
Academia  
de MEDICINA

al IODURO de HIERRO  
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co, 40, R. Boneparte, Paris.

**ANEMIA** DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero. El mas activo y economico, el unico Inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

**AVISO A LAS SEÑORAS**

**EL ANIOL** DE LOS  
**JORET-HOMOLLE**

CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS

Fia G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

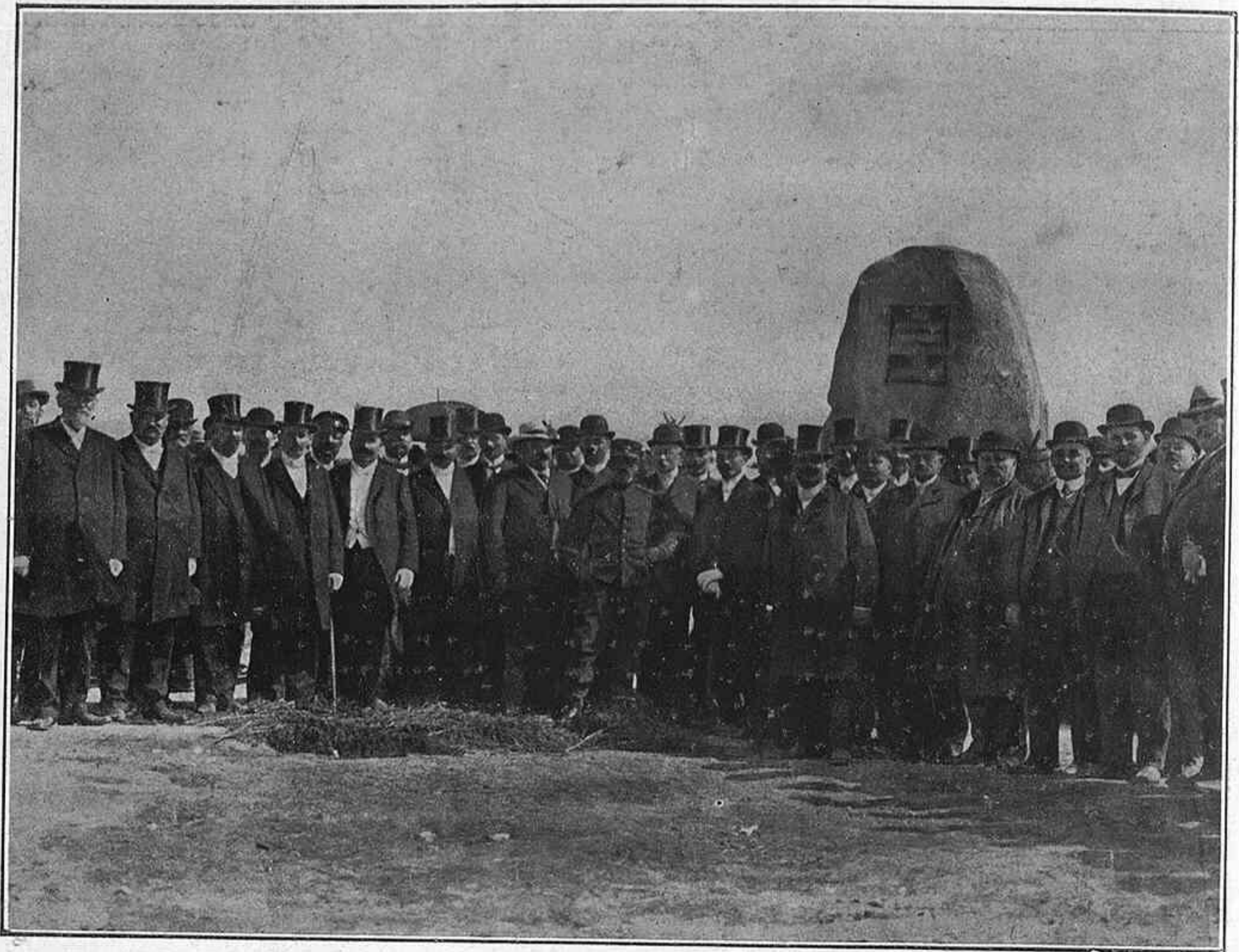
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.  
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra  
lo que sucede con los demas purgantes, este no  
obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos  
y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.  
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la  
comida que mas le convienen, segun sus ocupa-  
ciones. Como el cansancio que la purga  
ocasiona queda completamente anulado por  
el efecto de la buena alimentacion  
empleada, uno se decide fácilmente  
á volver á empezar cuantas  
veces sea necesario.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida  
curación de las **Afecciones del  
pecho, Catarros, Mal de gar-  
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,** de los **Reumatismos,  
Dolores, Lumbagos, etc.**, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de  
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
Exigir la Firma **WLINSI**.  
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA**

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moory's, 19, rue Mazagan, Paris, que envía gratis su curioso librito.

## DOS MONUMENTOS CONMEMORATIVOS DE LA BATALLA DE MARS-LA-TOUR (16 de agosto de 1870)



Monumento francés que conmemora el acto heroico del subteniente Chabal, obra de Cazalieres y Larust; junto al monumento está Chabal Monolito alemán erigido á la memoria de los dragones prusianos muertos en la batalla de Mars-la-Tour. Las delegaciones alemanas que asistieron á la inauguración del monumento. (De fotografías de Carlos Trampus.)

En Mars-la-Tour se han inaugurado recientemente dos monumentos conmemorativos de la sangrienta batalla que en aquel lugar se libró hace treinta y nueve años, uno de ellos erigido por los franceses en honor del hoy comandante y en aquel entonces subteniente Chabal, que en una lucha heroica se apoderó de una bandera enemiga, y el otro alemán á la memoria de los dragones prusianos que perecieron en aquella jornada.

La inauguración del primero efectuóse el día 16 de agosto último, bajo la presidencia del alcalde de Mars-la-Tour, y en ella pronunciaron sentidos discursos dicha autoridad y el presidente de la obra de Mars-la-Tour, encomiando la heroica acción realizada por Chabal; éste, emocionadísimo, agradeció aquellas alabanzas haciéndolas extensivas á sus compañeros de armas en aquella batalla. Puso término á la ceremonia un discurso altamente patriótico del Sr. Claretie.

Tres días después realizábase la inauguración del otro monumento, que con permiso del gobierno francés ha elevado Alemania en territorio de Francia, á doce metros de la frontera franco-alemana. Una delegación de militares alemanes, de los que sólo dos, los mayores Barenprung y Zedlitz, llevaban por especial autorización uniforme, fué recibida en la frontera por el jefe de la gendarmería y por las autoridades locales.

De la delegación antedicha formaban parte el general de división conde de Dohna y los

comisionados de los veteranos del primer regimiento de dragones de la guardia prusiana.

El mayor Zedlitz, en francés, agradeció al alcalde de Mars-la-Tour la afectuosa acogida que se le dispensaba, encargándole que transmitiera la expresión de su gratitud á su gobierno, y añadió: «A vuestra custodia confiamos esa roca de granito y os rogamos que veléis por ella á fin de que con su existencia atestigüe que en este día los representantes de dos grandes naciones han saludado á unos valientes, muertos en el cumplimiento de su deber. Nuestro regimiento envía también un tributo de admiración y simpatía á los gloriosos soldados franceses que sucumbieron en el mismo suelo y que descansan muy cerca de los nuestros.»

«En nombre del municipio — contestó el alcalde — tomo posesión del monumento que acabáis de inaugurar. Este monumento, que recuerda que muchos de vuestros soldados duermen aquí su último sueño después de haber luchado en cumplimiento de su deber, recibirá de nosotros los mismos cuidados que los otros anteriormente erigidos. Estad seguros de que cumpliremos la misión que hoy aceptamos.»

Los alemanes desfilaron por delante del monumento depositando en él numerosas coronas, y después de visitar el museo de Mars-la-Tour, fueron á colocar una corona sobre el monumento francés.

INFLUENZA RACHITIS  
ANEMIA VINO CLOROSIS  
★  
AROUND  
✦ ✦  
CARNE - QUINA - HIERRO  
El más poderoso Regenerador.

**ROB**  
BOYVEAU - LAFFECTEUR  
\* \*  
Célebre Depurativo Vegetal  
cura las  
ENFERMEDADES DE LA PIEL  
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.  
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO  
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C<sup>ia</sup>, 102, R. Richelieu, Paris.  
Todas Farmacias.

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**  
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar  
SOBERANO contra  
**ASMA**  
CATARRO, OPRESIÓN  
y todas Afecciones Espasmódicas  
de las Vías Respiratorias.  
30 AÑOS DE BUEN ÉXITO  
MEDALLAS ORO y PLATA.  
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

FUMIGATION  
MARCA DE FABRICA  
REGISTRADA.

EXÍJANSE el Sello de la Union des Fabricants y la Firma DELABARRE

**Dentición**  
**JARABE DELABARRE**  
JARABE SIN NARCÓTICO  
FACILITA la SALIDA de los DIENTES  
y previene todos los accidentes de la primera Dentición.

Establecimientos FUMOUBE, 78, Faub<sup>9</sup> Saint-Denis, PARIS, y en las Principales Farmacias del Globo.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVOL<sup>2</sup>. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN